PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

BIBLIOTECA PRIMO LEVI

Primo Levi

Yo, quien os habla

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

YO CONOCÍ A PRIMO LEVI por Giovanni Tesio

LUNES, 12 DE ENERO

LUNES, 26 DE ENERO

DOMINGO, 8 DE FEBRERO

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

SINOPSIS

Una conversación inédita con el autor de la Trilogía de Auschwitz.

La familia, la infancia, los años de formación durante el fascismo en Italia, los amigos de adolescencia, las lecturas, la timidez, la pasión por la montaña. Luego la guerra, el regreso a casa y una vida dedicada a su oficio de químico. Tras casi treinta años enterrada, sale a la luz esta emocionante conversación que Primo Levi sostuvo con Giovanni Tesio en 1987, con el objetivo de realizar, con su resultado, una biografía autorizada.

Las preguntas de Tesio, a las que Levi responde con una disponibilidad prudente, pero en ocasiones también muy explícita, dejan transpirar el ser más íntimo de Levi. Y nos regalan un diálogo intenso que corre sobre el filo de la memoria, cargado de vida y de historia; un diálogo que se interrumpe justo antes de llegar a la deportación a Auschwitz por la muerte de Levi en abril de ese mismo año.

Primo Levi

Yo, quien os habla

Conversaciones con Giovanni Tesio

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT

ediciones península

YO CONOCÍ A PRIMO LEVI

por Giovanni Tesio

> La meseta donde se conversa es conquistada mediante un esfuerzo de alpinista.
>
> OSIP MANDELSTAM, *Conversaciones sobre Dante*

«¿Qué, tienes ya un plan de batalla en la cabeza?» La pregunta me fue dirigida en una habitación destinada a despacho en el tercer piso de corso Re Umberto 75 —una de las más elegantes avenidas de Turín— la tarde del 12 de enero de 1987.

Quien me la dirigía, uno de los escritores más apacibles que han cruzado el escenario de nuestro siglo XX, y no solo en clave literaria, uno de los testigos más fiables de Auschwitz, un hombre de indudable probidad, pero no menos indudablemente herido en su espíritu y en su carne: un maestro de la laicidad y de la razón, de la duda y del cuestionamiento, pero también de la claridad y de la resistencia, de la resolución y de la acción.

En ese despacho de sobria amplitud, en esa casa parecida a «muchas otras

casas casi señoriales de principios del siglo XX» (como escribió en un artículo recogido más tarde en *El oficio ajeno*), Primo Levi me hizo la más previsible de las preguntas, que, sin embargo, me dejó perplejo. En todo caso, sea para motivar tanto la previsibilidad de la pregunta como mi estupor al escucharla, me veo obligado a ciertas explicaciones preliminares.

Conocí a Primo Levi leyendo *Si esto es un hombre* en un volumen de la colección I Coralli de la editorial Einaudi en 1967. Y diez años después lo conocí en persona, puesto que hojeando una antología escolar dedicada a escritores piamonteses,[1] descubrí que la página seleccionada por el antólogo no se correspondía en absoluto con el recuerdo que había quedado en mi memoria del texto de *Si esto es un hombre* en la edición que yo había leído. Hechas las debidas comparaciones, pude descubrir que había una versión del texto anterior a la edición de Einaudi, y que ese texto había sido publicado en 1947 por la editorial De Silva que Franco Antonicelli, una de las figuras más relevantes del antifascismo turinés, había fundado en 1942 y que echó el cierre más tarde, en 1949. Al comparar el texto de De Silva con la primera edición de Einaudi de 1958, que se mantuvo inalterada en sus posteriores reimpresiones, descubrí por lo tanto que las variantes no eran pocas ni de poca cuenta. Así que me armé de valor (en piamontés hay un buen dicho a este propósito: echarle *bon bèch*, literalmente «buen pico») y telefoneé al autor, que, sin titubeo alguno, me invitó a su casa y puso a mi disposición un cuaderno: un grueso cuaderno escolar de tapas verde oliva, en el que pude verificar el texto de las partes añadidas. De modo que escribí un ensayo,[2] a decir verdad algo híbrido y lejos de la perfección desde luego (no tuve en cuenta los capítulos ya publicados gracias a Silvio Ortona en el periódico comunista de Vercelli *L'Amico del Popolo*), pero que, a pesar de todo, gozó de cierta resonancia.

No tardé en volver a interrogar a Levi sobre cuestiones de variantes textuales. Y fue él quien puso en mis manos tanto el cuaderno autógrafo en el que escribió casi todos los capítulos de *La tregua*, como lo que en ese

momento era el texto mecanografiado de *La llave estrella* preparado para la impresión, que es precisamente de 1978. Hasta el extremo de que estuve completamente seguro de que se refería a mí cuando, con la llegada de los ordenadores, escribió para el periódico *La Stampa* un artículo, «El escriba» (recogido más tarde en *El oficio ajeno*), en el que habla de un «amigo literato» que se lamenta de la pérdida de la «noble alegría del filólogo absorto en reconstruir, a través de las sucesivas tachaduras y correcciones, el itinerario que conduce a la perfección del *Infinito*».

Después de ese primer trabajo, llegaron otros. Ante todo un «retrato crítico», publicado por la revista *Belfagor* dos años después. Y más tarde no pocas reseñas y entrevistas. Tanto era así que, cuando pensó en publicar los poemas de *A una hora incierta*, quiso mi consejo —era el momento más agudo de la crisis de la editorial Einaudi, que provocó la diáspora de otros escritores: por ejemplo de Lalla Romano, que publicó *Nei mari estremi* con Mondadori— para identificar otro posible y digno editor, y yo le sugerí que valorara la posibilidad de publicarla con Garzanti, como efectivamente acabó sucediendo.

Levi era parco, sobrio, discreto, muy amable. Y yo estaba fascinado no solo por la precisión expresiva de sus libros, por la amplitud y detallismo de sus conocimientos y de su conspicua memoria, sino también por su predisposición a la acogida y por su indudable y destacada capacidad de comunicar con exactitud y sobriedad de palabra, en la que vibraba pese a todo una cuerda no carente de reverberación melancólica: aquella capacidad suya de evitar los arabescos y de cimentar su escritura, por el contrario, en una rica y embellecida sobriedad de lenguaje, en la elegancia neta de la palabra-cosa.

Haber conocido a Levi también significa eso: reconocer en el lenguaje escrito el mismo granulado de su voz al hablar, antirretórica, pero no inerte, doméstica pero casi festiva, monótona, pero dotada de su propio impulso

expresivo.

Entre nosotros nació algo más que una relación de simple amabilidad. Suficiente como para consentir el paso del usted al tú y para justificar algunas dedicatorias que no podían considerarse ordinarias en los libros que de vez en cuando me enviaba. Se había creado, en definitiva, una cierta costumbre y de un conjunto de circunstancias nació la idea de las conversaciones que propuse a Levi en un momento en el que me pareció poder ofrecerle así cierta forma de socorro. No tenía entonces una intención clara, pero aplicaba desde luego un precepto ampliamente experimentado y repetidamente reiterado por Levi: «Contar es un medicamento seguro».

En su *Autoritratto di Primo Levi*,[3] Ferdinando Camon, en determinado momento, tal vez en alusión a sus experiencias personales, más tarde vertidas en novelas, le dice a Levi: «Usted no es un hombre proclive a depresiones, ni tampoco ansioso». Y el escritor, evidentemente intrigado por la inopinada observación, responde con una pregunta: «¿Es una impresión que se deriva de mis libros o de mi presencia?», a lo que Camon responde a su vez: «De su presencia», para obtener esta aclaración: «En general, tiene usted razón. Sin embargo, tuve, después de mi encarcelamiento, algunos episodios de crisis depresivas. No estoy seguro de que estén vinculados con esa experiencia, porque tienen diferentes etiquetas, según las ocasiones. Puede parecerle extraño, pero he vivido hace poco una estúpida crisis depresiva, sin razones aparentes: sufrí una pequeña operación en un pie, y eso me hizo pensar en que me había vuelto viejo de repente. Me hicieron falta dos meses para que se me cicatrizara la herida. Por eso le preguntaba si la impresión que le daba se derivaba de mi presencia o de los libros».

La entrevista de Camon es el resultado de distintos encuentros, que tuvieron lugar entre 1982 y 1986 (el último, un domingo de finales de mayo de 1986, menos de un año antes de su muerte). Y al tratarse de una entrevista

clasificada por temas es difícil decir si la declaración apenas citada corresponde al último encuentro. Es de suponer que sí, pero no está claro.

Fuera cual fuera la situación, en la víspera de Navidad de 1986 le hice a Levi la propuesta de empezar a preparar materiales para una biografía que denominamos de inmediato «autorizada». Había notado de pronto una grieta en él y, no sé cómo, sentí el impulso de proponerle una ocupación, en la que, para ser sincero, hasta aquel momento no había pensado más que de forma muy vaga. De ahí que adoptara yo instintivamente la escapatoria de la «biografía autorizada». Y él lo aceptó al instante, sorprendiéndome, sin plantear objeciones.

Esa fue la razón por la que acudí a su casa la tarde del 12 de enero del nuevo año, 1987, llevando conmigo una pequeña grabadora. Y allí se produjo el exordio: «¿Qué, tienes ya un plan de batalla en la cabeza?». Y yo me vi obligado a confesar que no tenía plan alguno en la cabeza —y mucho menos «de batalla»— y que desde luego no había preparado, como Camon precisa para su entrevista, «una serie orgánica de preguntas, cuestiones, problemas, procurando que se refirieran a toda la obra y a toda la vida». Mi intención, en cambio, era la de recoger por lo pronto la mayor cantidad posible de datos y de información. No establecimos más regla o procedimiento que el de conversar siguiendo una progresión cronológica como pauta general, con más atención, por el momento, a los hechos y a las personas que a los problemas: un mero indicador de ruta, que ya encontraría en su desarrollo una configuración más adecuada.

Después del primero, fechado el 12 de enero de 1987, hubo otros dos encuentros, indefectiblemente por la tarde, uno el 26 de enero y otro el 8 de febrero. En más de una ocasión, optamos por apagar la grabadora para consentirle el poder expresar con más libertad cosas que se mostraba reticente a grabar en una cinta: a veces me lo pedía él, otras veces lo hacía yo por mi cuenta. Los pactos, por lo demás, estaban muy claros. En un

determinado punto de nuestras conversaciones fue el mismo Levi quien me recordó que sus confesiones habían de ser «traducidas». Me lo dijo en un momento en que reconoció de manera explícita que estaba «en crisis»: «Te lo dije desde el principio, estas son confesiones que se han de traducir», es decir, que hay que interpretar.

La diferencia real de nuestras conversaciones, en comparación con otras entrevistas, estribaba más en el tono que en el contenido: el timbre, el gesto. No dejaba nunca de lado su habitual precisión de palabra, pero su actitud mostraba en ocasiones algunos signos de debilidad. Tanto era así que después del segundo de nuestros tres encuentros —a diferencia de nuestra costumbre habitual, que no preveía nada que pasara de un firme apretón de manos—, en el momento de despedirnos me abrazó.

Después del tercer encuentro me dijo que nos veríamos obligados a interrumpirlos porque tenía que hospitalizarse para una intervención. Me prohibió, como sabía hacerlo, con suave firmeza que no admitía réplica, tanto que fuera a visitarlo a la clínica, como que lo llamara para preguntarle qué tal estaba. Y yo respeté sus instrucciones.

Antes de la operación, fui otra vez a su casa, porque le llevé una antología mía, que acababa de salir, para la que había elegido el relato «Arsénico» de *El sistema periódico*: no me pareció descontento y me dijo que ese mismo relato había sido traducido recientemente al chino. Cuando lo vi, estaba con Alberto Salmoni, su amigo Emilio de *El sistema periódico* concretamente. Pero fue una visita muy breve, que transcurrió en el umbral de su casa.

Cuando me decidí a dar señales de vida estábamos ya en abril, cerca de la Pascua. Lo llamé por teléfono alrededor del mediodía. Me contestó él mismo, y su voz era muy cordial, no carente de buen humor. Antes de que yo se lo preguntara, me dijo que estaba listo para «reanudar el trabajo». Solo me recomendó que excluyéramos el domingo porque iba a recibir a

una «fotógrafa estadounidense» para un reportaje. Y así quedamos en que lo llamaría a la semana siguiente para establecer una cita que ya no nos fue posible fijar.

Un agradecimiento obligado y necesario va a Maurizio Crosetti y a Guido Davico Bonino, porque han leído; a Fabio Levi, porque hizo de mediador y garante.

LUNES, 12 DE ENERO

¿Qué, tienes ya un plan de batalla en la cabeza?

Me gustaría que fuéramos por orden cronológico, empezando por los recuerdos que conservas de tus progenitores, de tu padre, de tu madre, de sus orígenes. Yo diría que, en definitiva, empecemos por trazar el cuadro de tu familia, tus abuelos por las dos ramas... Si te parece, podemos comenzar con tu padre.

De mi padre hay ya muchas cosas que sabes a través de *El sistema periódico* y puedo añadir algunas más. Murió prematuramente a los sesenta y cuatro años de un tumor. Era un hombre que mientras gozó de buena salud supo disfrutar de la vida. Era muy ávido de saber, muy codicioso de instrucción. Había viajado mucho, hablaba con fluidez francés y alemán. A los sesenta años se puso a estudiar inglés y a repasar el cálculo integral, que había estudiado como ingeniero, con ánimo de ejercitarse. Todavía encuentro de vez en cuando en casa algunas de sus hojitas, sobre todo ejercicios de cálculo integral resueltos y no resueltos.

¿A dónde viajó?

Viajó primero a Francia y Bélgica y luego pasó varios años en Hungría, en Budapest.

¿Por cuenta de alguna empresa en todos los casos?
Sí. Durante la Primera Guerra Mundial permaneció en Italia, pero quedó exento del servicio militar porque dirigía una fábrica de cojinetes de bolas que, por lo tanto, era de interés militar. De ese modo, se le consideraba indispensable.

¿Dónde estaba la fábrica?
Si la memoria no me engaña, en Turín, pero no sé qué fábrica era. La Primera Guerra Mundial lo sorprendió en Budapest, pero eran otros tiempos y, en vez de meterlo en un campo de concentración, lo embarcaron hacia Italia, con una orden de expulsión, y llegó sano y salvo. Más tarde siguió manteniendo relaciones con Hungría. Trabajaba para una gran empresa de construcciones mecánicas y eléctricas en la que era supervisor de proyectos. Con el tiempo, después de que naciéramos mi hermana y yo, se convirtió en representante de esa fábrica para las regiones de Piamonte y Liguria. Tenía casi abandonado el ejercicio propiamente dicho de la profesión de ingeniero, pero como representante supervisaba él mismo la instalación de los artefactos, de modo que viajaba por todo Piamonte y Liguria.

Un hombre muy activo.
Era un hombre muy curioso, en ambos sentidos de la palabra: curioso porque sentía curiosidad por todo en general, leía muchísimo, y curioso, porque era un *bon vivant*, le gustaba mucho comer bien. Nunca llegó a alcanzar eso que se llama riqueza. De vez en cuando me parece que se hablaba en casa de comprar un automóvil, pero por entonces no dejaba de ser una leyenda eso de tener coche, que al final nunca llegó a comprar.

Erais una familia pudiente.
Sí, gozábamos de un bienestar aceptable, bastante razonable. Teníamos una chica fija en casa, aunque entonces era una circunstancia bastante normal lo de tener una chica en casa. Hacía de todo, era muy devota de santa Rita y

hacía cautos intentos de convertirnos al catolicismo. Era muy amable, muy tranquila.

Y volviendo a tu padre...
Mi padre era conocido por distintas anécdotas, por las chaquetas, por los libros, porque controlaba las cuentas del jamón con la regla logarítmica. El carnicero de Cogne, que le vio hacer las comprobaciones rápidamente y realizar en un segundo la multiplicación, quedó intrigado, encargó una en Aosta y luego protestó con mi padre: «¡Es que la mía no funciona!». No es tan fácil. Ahora es un fósil arqueológico, ya nadie lo usa, es una cosa de hace cuarenta años. A estas alturas es un instrumento arcaico. Yo todavía tengo la de mi padre.

¿Como reliquia?
Cuando hace falta realizar rápidamente una multiplicación aproximada es más rápida que la calculadora electrónica.

Físicamente, ¿cómo era tu padre?
Pequeñito, fornido, muy robusto. Presumía de no haber ido al dentista en toda su vida. Nunca practicó ningún deporte, pero tenía de todas formas una notable apostura física natural, era un hombre de buena constitución.

Mientras hablamos de la figura de su padre, me parece que tú no fuiste educado en el judaísmo, ¿es así?
Digamos que fue una cosa intermedia. Mi padre tenía muchas dudas, por mucho que no las expresara. Estuvo de pupilo en casa de un rabino y algo tuvo que absorber. Pero más que nada lo que absorbió fue el ritual. Sentía ciertos reparos en comer jamón, pero se lo comía de todas formas. En algunas raras ocasiones recuerdo que me acompañó a la sinagoga, por Yom Kipur. Ayunaba en el sentido de que se saltaba el desayuno, pero luego a la hora del almuerzo comía, de modo que, en definitiva, en lo que se refiere a la religión en el sentido estricto de la palabra, más que nada yo diría que era

antitradicional. También en lo referente a la conversación, no era un tema del que se charlara. Recuerdo cuando me dijo, debía de tener yo cuatro años: «Nosotros somos hebreos». Le pregunté a qué se refería y él me soltó una perorata que no entendí bien y relacioné la palabra hebreo con la palabra libro y todavía hoy existe para mí una relación falsamente etimológica entre libro y hebreo, falsamente etimológica diría yo.

Pero una asonancia sí que hay...
Es una asonancia que no es casual, puesto que los judíos son el pueblo del libro. Pero son cosas todas estas de las que yo no me daba cuenta entonces, tal vez tampoco mi padre se diera cuenta. Lo que es cierto es que mi padre nunca me instó a poner de relieve, en el colegio, por ejemplo, el hecho de ser judío. Me habían aleccionado al respecto tanto mis padres como la maestra. En aquella época, en la escuela primaria nos poníamos todos de pie al empezar las clases, para rezar el padrenuestro, y yo me ponía de pie y no rezaba el padrenuestro. Me acuerdo de una caricia de la maestra, quien valoró ese gesto de respeto hacia la religión mayoritaria. Y cuando teníamos clase de religión, a un valdense y a mí se nos rogaba que nos marcháramos y teníamos que pasarnos una aburrida hora en un banco del pasillo esperando a que la clase acabara.

¿Vivías todo aquello como mero aburrimiento o también como una forma de discriminación?
Como aburrimiento y no como discriminación.

¿Las relaciones con tus compañeros eran normales en la escuela primaria?
En primaria de lo más normal.

Mientras que después, en cambio...
Verás, querría precisar una cosa: el judaísmo como religión no me fue transmitido; el judaísmo como forma de vivir, hasta cierto punto sí, ya que es probable que esta indiscriminada habilidad de mi padre para leer y

aprender fuese una herencia judía, era algo que tenía en común con sus dos hermanos, muy diferentes a él, pero los tres se robaban libros unos a otros, se contaban qué libros interesantes se habían publicado, leían en francés. Mi padre sabía leer alemán también, se había empeñado en leer a Schopenhauer en el original alemán, sin entender demasiado, no tenía ninguna preparación. Había asistido a un centro de formación profesional, no había hecho el bachillerato, no podía entender mucho.

Pero deseos no le faltaban.
Tenía indudablemente una gran avidez. Me acuerdo porque, además, era también un poco mujeriego.

Bon vivant *en todos los sentidos.*
Sí, trataba de seducir a las señoras que eran amigas de mi madre hablándoles de Schopenhauer con poco éxito. Se reían a sus espaldas, le tomaban como una especie de maniático. Por cierto, hizo un descubrimiento: ¿te acuerdas de *Il giornalino di Gian Burrasca* de Vamba? Pues resulta que es un plagio. Es curioso que nadie se haya dado cuenta, porque mi padre, antes de que saliera *Il giornalino di Gian Burrasca*, nos leía en italiano su equivalente en alemán. Había una obra, no me acuerdo del título, solo me acuerdo de algunas palabras: era la historia de un niño poco disciplinado, pero era casi literalmente el equivalente de *Il giornalino di Gian Burrasca*. Merecería la pena realizar una pequeña investigación. Solo me acuerdo de la palabra bube, *Bube* significa chico. Mi hermana y yo le decíamos: «Papá, léenos a Bube». Y él nos lo leía traduciéndolo simultáneamente.

¿Del plagio os habló él?
Cuando salió *Il giornalino di Gian Burrasca* nos dijo: «Pero si esto está copiado».

Un hombre muy simpático tu padre.
Le caía simpático a mucha gente, le caía simpático a todas las personas con las que he hablado. Sus relaciones conmigo eran escasas. No era lo que se dice un padre muy atento, muy cariñoso. Estaba orgulloso de mis éxitos escolares, pero como relación paterna propiamente dicha, como relación de protección, de orientación, de participación, era bastante exangüe.

De modo que no tienes muchos recuerdos de él como un padre.
Cuando falleció, yo tenía veintiún años. No, falleció en 1942, yo tenía veintitrés años. No sentí mucho dolor.

¿Alguna vez fuisteis a dar una caminata juntos?
No, detestaba salir a dar una caminata, era un hombre urbano, de ciudad. Nos llevaba de paseo pero por via Po, eso de ir a hacer una excursión al campo con nosotros ni se le pasaba por la cabeza. El campo no le gustaba, la naturaleza no le interesaba. Cuando salíamos al campo, a los sitios de campo habituales, a Bardonecchia, Meana, Torre Pellice, él se ponía a leer o a jugar a las cartas. Nos hacía jugar al tarot, nos había enseñado a jugar al tarot y pretendía que jugáramos al tarot con él, cosa que hacíamos, pero con escaso interés.

Pero por lo menos lo secundabais...
Nos enseñaba los juegos de su infancia. Se compró una peonza, nos enseñó cómo se utilizaba, cómo se hace girar una peonza, que no es tan fácil, cómo se atacan las peonzas de los demás con la cuerda de la peonza. Nos enseñó también a hacer el *s-ciopèt* con una rama de saúco.

¿En qué consiste el «s-ciopèt»?
Es una rama de saúco vaciada en la que se meten dos copos de estopa, uno es una bala, y el otro un compresor, que comprime el segundo hasta que sale disparado.

No era un hombre totalmente predecible.
Era un hombre bastante infantil. No creo que fuera un buen marido para mi madre. Era mundano, le gustaba la compañía, ir al teatro. Mi madre era muy reservada, tenía quince años menos que él.

Pero el suyo (y discúlpame si la pregunta puede parecer indiscreta) ¿fue un matrimonio concertado?
Sí, fue organizado por parientes en común. Mi padre era un hombre brillante, como suele decirse; prometía una buena carrera, como efectivamente llegó a tener. Mi madre había sido educada de forma extremadamente tradicional. No sabría decirte si alguna vez se sintió fascinada por ese ingeniero tan brillante. Probablemente sí, porque ella era una jovencita y él un hombre que había vivido bastante.

En cualquier caso, tu madre nunca te habló del asunto.
No.

Volviendo un momento a la educación religiosa, ¿el comportamiento de tu madre era diferente? ¿Era más propensa a observar las tradiciones judías?
Las tradiciones sí, las religiosas no especialmente.

¿Así que tampoco ella pertenecía a una familia religiosa?
Es extraño. Mi abuelo materno era un hombre tradicional, incluso en sentido religioso, acudía al templo y celebraba las fiestas. A mi madre, extrañamente, no se le transmitió nada de esto, pero, como sabes bien, en la tradición judía las mujeres cuentan poco, no se delega mucho en las mujeres.

Si tiene sentido hacer esta pregunta, ¿en ti quién influyó más?
Sin duda alguna mi madre, más que mi padre.

¿Estaba más presente?

Yo diría que mi padre ha influido genéticamente en mí, porque me transmitió una cierta avidez de conocimiento, con su ejemplo incluso. Me proporcionaba muchos libros, bastaba con que yo expresara un deseo y, zas, el libro me llegaba. De mi madre debo haber heredado una cierta prudencia, pero es difícil hablar de estas cosas. Mi madre aún está viva...

No es indispensable que hablemos de ello.

Y, además, son cosas que se ven mejor desde fuera que desde dentro. Por supuesto, mi madre y yo compartimos una reputación de sensatez, no sé hasta qué punto merecida, es decir, de no sacar los pies del tiesto. Mi padre tendía a sacar los pies del tiesto. Por otro lado no sabría explicar por qué yo, por ejemplo, he practicado el alpinismo, sin llegar nunca a la cima, pero de una forma totalmente insensata y temeraria. No sé de quién puede venirme, de hecho se me viene a la cabeza que mi padre y mi madre lo desaprobaban totalmente. Era una forma de revancha, era una rebelión...

¿O incluso unas gotas de locura, aunque apacibles, que te venían de tus antepasados?

Ah, claro, puede ser que venga de lejos. Los que yo llegué a conocer, sin embargo, de locos no tenían nada, de los demás me han llegado ciertas noticias. Hay que señalar —y tú eso lo sabes— que esos antepasados que he descrito[4] eran antepasados en un sentido extremadamente amplio del término, pedí prestados algunos ancestros a otros que pertenecen a la comunidad, a la *ha keillah*.

¿Podemos hablar un poco de tus abuelos paternos?

A mi abuelo paterno no llegué a conocerlo. Se sucidó en circunstancias que desconozco, no sé si a causa de dificultades financieras. Llevo su nombre, me llamo Michele como él.

¿Michele?
Sí, Primo Michele, dos nombres. No sé nada de él, he podido encontrar un retrato suyo, así como su tesis, era ingeniero él también.

Una tradición familiar.
No creo que trabajara como ingeniero, creo que poseía terrenos en Benevagienna y los administraba. De este suicidio no sé nada, ni tampoco he querido saberlo. En cuanto a mi abuela paterna, la he descrito en *El sistema periódico*, hay poco que añadir, no era una mujer muy simpática. Hay unas fotografías de finales del siglo XIX que aún conservo en algún sitio, en algún rincón. Era muy guapa. Luego se volvió a casar con un médico cristiano. Los matrimonios mixtos eran más frecuentes que ahora. Me daba mucho miedo.

¿Los matrimonios mixtos eran más frecuentes que ahora?
Sí, la liberalización había creado una apertura, muchos parientes míos de los que he oído hablar contrajeron matrimonios mixtos.

¿Y tú dices que ahora ya no hay tantos?
No sabría decirlo, no tengo datos. Después de la guerra y después de las leyes raciales sin duda hubo menos. Las leyes raciales volvieron a encerrar al judaísmo en sí mismo. A nadie se le ocurría pensar en casarse fuera del círculo judío. O se les ocurría a muy pocos.

¿Los otros dos hermanos a qué se dedicaban?
Uno de ellos era oculista y un *bon vivant* también. Los tres lo eran. Se casó con una mujer muy inquieta, muy intranquila...

¿Cómo se llamaban?
Mi padre, Cesare; Mario, el que era oculista, y Enrico, que era corredor de bolsa. Vivía en Génova, él también un hombre muy inquieto. Era el menos culto de los tres hermanos porque no tenía título universitario, pero de todas

formas se había hecho una fabulosa biblioteca de libros raros incluso y leía mucho también.

Una constante.
Una constante en mi familia paterna.

¿Y por parte de madre?
Mi abuelo materno era un patriarca, se llamaba Cesare él también, Sarti. Era un hombretón enorme, obeso, muy buen hombre de negocios. Empezó trabajando como vendedor en una tienda de telas, que acabó comprando más tarde, en via Roma, y que gestionó durante muchos años con éxito. Era un hombre rico, se compró un chalé en Piossasco al que fuimos durante muchos años. Tuvo seis hijos, y mi madre era la mayor de las hijas.

Perdona que te interrumpa, y tu padre, en cambio, respecto a sus hermanos era...
El mayor, él también; el primogénito. Se dice por ahí que yo me llamo Primo porque soy el primer nieto de dos hijos primogénitos.

¿Y los seis hijos del abuelo Sarti? ¿Les pasamos revista?
Sí, por supuesto. La primera es mi madre. Ha sido un ama de casa, reina de la casa de acuerdo con la tradición y no siempre sin sufrimiento por parte de mi mujer, al vivir aquí, estando presente mi madre, de modo que mi mujer fue reina de la casa cuando mi madre tuvo que abdicar. La segunda hermana se llama Ida, aún está viva, tiene noventa años. La tercera era maestra de escuela. Emigró a Brasil durante la guerra. Se llamaba Nella, era una mujer de lo más vivaz, jovial, simpática, alegre. Murió de cáncer.

¿A qué edad?
A los cincuenta y cinco, más o menos. El cuarto era un varón, se llamaba Corrado, murió hace unos años y de este merece la pena hablar.

¿Murió ya anciano también?

Murió siendo bastante anciano. Este era un hombre notable, que no completó los estudios porque se negó a seguir estudiando. Sin embargo, aprendió a tocar diversos instrumentos posibles, chapurreaba varios idiomas. Hizo el servicio militar en Roma y era famoso porque, en sus horas de permiso, iba a tocar el piano a los cines. Tocaba lo que fuera, improvisaba. Después de la Primera Guerra Mundial, que evitó por un pelo al haber nacido en 1900, tenía diecisiete años, se puso a trabajar con su padre de vendedor en la tienda de telas. Pero fue uno de pioneros del cinematógrafo aquí en Turín, era amigo de Giovanni Pastrone, trabajaba con Pastrone, se encargaba de los efectos especiales, hacía de actor cuando era necesario. Todo el mundo hacía un poco de todo. Tenía una Pathé-Baby, es decir una cámara, e hizo una película, invitando a amigos y familiares a colaborar. Me contaba que el volcán de *Los últimos días de Pompeya* lo había hecho él... era de este tamaño, era una maqueta. También fue uno de los pioneros de la radio. Por puro desorden mental y falta de disciplina no se asoció con los grandes de la radio, pero había construido aparatitos de galena y los utilizaba, me los enseñó una vez, tenía su propio taller. Fue también un hombre aventurero que realizó —los viajes no eran muy habituales en aquel entonces— escaladas peligrosas, nadaba muy bien, tuvo enseguida una de las primeras motocicletas y mi abuelo le prometió un coche si el primogénito de mi madre era varón. Al haber sido yo varón, consiguió un coche por mérito mío.

¿Y te estaba agradecido por ello?

Sí, me estaba agradecido, me llevaba a menudo con él, y en todo caso, luego cambió muchas veces de coche.

¿El quinto?

El quinto hermano era la sombra del cuarto. Hay poco que decir de él. Se llamaba Gustavo. Se le destinó a los estudios, pero no estudiaba mucho. Fue el único que se matriculó en bachillerato, pero no pasó de primero. Era una

sombra, un hombre muy apacible que trataba de imitar a su hermano sin conseguirlo. Le mandaron varias veces en viajes de crucero para que encontrara esposa. Murió también hace pocos años. La sexta hermana sigue aún viva. Siempre fue muy animada y vivaz, y tal vez sea la más inteligente de los seis. Se quedó viuda muy pronto y de forma trágica, le dio tiempo a traer al mundo a dos hijos; después se quedó viuda y tuvo que criar a esos dos niños heroicamente dedicándose a toda clase de trabajos. Durante la guerra tuvo que esconderlos y esconderse. Tenían entre ocho o nueve años esos chicos, era muy difícil enseñarles que no se llamaban Segre. En cualquier caso, ella y sus dos hijos salieron bien parados. Ahora vive fuera, desde hace cuatro años.

¿La sigues viendo todavía?
Sí, la sigo viendo.

¿Y aún está lúcida y vivaz?
Sí, está perfectamente lúcida.

Por lo tanto, es una memoria viviente.
Sí, conserva la memoria de la familia.

Podríamos recurrir a ella...
Ya se ha hecho, porque participó con entusiasmo en un programa televisivo, que luego fue cortado, en el programa de Caracciolo. La sacaron en ese programa y luego su intervención, que era estupenda, la cortaron.

Yo te lo preguntaba interesadamente, porque me gustaría escuchar otras voces de la familia...
No es el mejor momento, porque tiene una fea artritis en la pierna.

No te digo ahora mismo, tal vez un poco más adelante...
Por desgracia, a estas alturas esas memorias están depositadas en personas

que ya no son capaces de sostenerlas. Bueno, mi madre todavía recuerda las cosas, pero ya no tiene ganas, está cansada. Una fuente, una de las principales fuentes de la información que tengo sobre la familia, era el marido de la segunda hermana, Ida. Él también estuvo como pupilo con un rabino y recordaba muchísimas cosas. Me contó muchas anécdotas que luego yo he reproducido, y llevaba una vida muy curiosa porque pertenecía a la única familia judía de Venasca, que está cerca de Saluzzo, yendo a Val Varaita. Él llevaba la misma vida de los chicos de su edad, aunque fuera judío, es decir, daba interminables paseos en bicicleta, se iba a la montaña, iba a cortejar mujeres, y lo único que pasaba era que celebraba los días de fiesta, porque las fiestas en su familia eran preceptivas. Era un hombre apuesto y se cuentan de él varios episodios donjuanescos. Participó en la Primera Guerra Mundial, cogió la malaria...

En definitiva, en vuestra familia ha habido cierta curiosidad cultural, intelectual.
Sí.

E incluso de tipo técnico y científico, creo. Tú, por ejemplo, has recordado que tu padre prefería Verne a Salgari.
Sí, por supuesto, Verne era más serio.

Si te parece, podemos partir de aquí para recordar tu infancia. ¿Qué recuerdos guardas de tu infancia?
Tengo recuerdos muy lejanos, tengo uno casi seguro de mi primer año de vida; un recuerdo, que podría comprobar, de cuando tenía un año y estaba en Torre Pellice y habían destruido un hormiguero en mi presencia, no sabría cómo comprobarlo, pero estoy seguro de que era allí, en Torre Pellice, y de que yo debía de tener un año. También tengo varios recuerdos sueltos. Por ejemplo, una vez que me hice un rasguño en una mano y una campesina me dijo: *Che dròlo!* y yo le pregunté a mi madre qué quería decir *che dròlo*. Tenía compañeras de juego a las que luego perdí de vista.

Tengo recuerdos lejanos de mi infancia, que fue, no sé decir cuánto, feliz, pero además tranquila, tranquila hasta los catorce o quince años.

Hablabas de los campos de Torre Pellice, Bardonecchia, Meana.
¿Cambiabais todos los años? ¿Ibais de alquiler? ¿Teníais una casa?
Sí, alquilábamos una casa, un alojamiento. Duraba tres meses ese período en el campo.

Por lo tanto, los tiempos de tu infancia se dividen en dos: el del campo y la ciudad, el del colegio.
Recuerdo casi únicamente el campo, porque el colegio era monótono. Sí, me acuerdo casi únicamente del campo, me acuerdo de Torre Pellice bastante bien, me acuerdo de Bardonecchia, me acuerdo de Meana.

¿Y has vuelto alguna vez a esos sitios?
Sí, me parecieron más pequeños de lo que recordaba, como suele ocurrir. Ahora son lugares que han cambiado totalmente.

Pero algo se habrá conservado.
Sí, algunos fragmentos se han mantenido, los paisajes siguen igual.

¿Pero hay algo que te haga decir: «Vaya, de esto sí que me acuerdo»?
De las montañas de Bardonecchia.

¿Calles, esquinas, lugares especiales?
He vuelto tan poco...

¿No padeces de nostalgia?
No.

¿Y cómo se escogían esas localidades campestres?
El campo al que uno iba se elegía en función del ferrocarril. Mi padre no

podía soportar el calor de Turín y buscaba lugares a los que pudiera volver todas las noches. Y puesto que solo había trenes a Torre Pellice, Bardonecchia, Valle di Susa, pues la elección recayó allí.

Te lo pregunto porque estoy pensando en las estancias de Benedetto Croce en Meana...
Es que valía para todos ese asunto de la comodidad del ferrocarril, la estación estaba allí, no en Susa.

Ni pensar en automóviles.
Efectivamente, ni siquiera las familias ricas viajaban en automóvil, todavía no había infraestructura, garajes, estaciones de servicio. Había que ser muy atrevido para tener un coche, era necesario tener chófer también.

¿Tú jugabas con los demás? ¿Tenías a alguien con quien jugar en la familia?
Tenía a mi hermana como compañera indispensable.

¿Qué diferencia de edad tenéis?
Un año y medio.

¿Cómo se llama?
Anna Maria.

Un año y medio está bien para poder jugar, ¿no?
Estupendamente y tuvimos una infancia común tan íntima, tan compartida que tenemos avalanchas de recuerdos. Nos recordamos el uno al otro cosas que dijimos, cosas que hicimos, gente a la que conocimos, una relación que nunca se ha interrumpido.

Lo que me parece notar es la riqueza de recuerdos.
Hay una gran cantidad de recuerdos, sí, pero yo ya los he malgastado, los he

desarrollado casi en su totalidad, no me queda casi nada.

No lo creo.
Tengo la impresión de haber dicho todo lo que se podía decir, pero tengo que añadir algunas cosas, algunos episodios. Yo era el típico niño pachucho que siempre tenía gripe, dolor de garganta, dolor de estómago, una cosa u otra, tanto es así que mis padres decidieron que cursara primero de secundaria como alumno libre. Tuve como profesora a la hija de Zino Zini, Marisa Zini,[5] para asignaturas de letras y para matemáticas a mi antigua maestra de primaria, qué delicia de persona...

De quien tendremos que hablar, como de todas tus experiencias en primaria.
¡La primaria! Yo era el perpetuo segundo de la clase.

¿La empezaste de forma regular, a los seis años?
Sí, con seis años.

Por alguna razón, yo estaba convencido de que te habías adelantado un año.
No, fue por razones de salud, porque no voy a decir que era un niño enfermizo, pero desde luego siempre tenía algo, era muy enclenque además. Mi hermana, más joven que yo, era más alta que yo.

Es decir que tuvo menos problemas.
Sí, menos problemas. Fue una etapa de la que recuerdo mucho aburrimiento porque me enseñaban cosas que yo ya sabía.

¿A qué colegio fuiste?
Al Rignon, en via Massena.

¿Durante los cinco años?
Cuatro años, porque el quinto curso me lo salté.

¿Con la misma maestra?
No, tuve también un maestro tonto y aburrido.

¿Te acuerdas de su nombre?
No, no me acuerdo.

¿Viejo, joven?
Me parecía viejísimo. Supongo que tendría cuarenta años.

¿Por qué razones te parecía tan tonto y aburrido?
Por una razón específica. Recuerdo muy bien una pregunta que le hice. Le pregunté si un hombre robusto podía lanzar una piedra horizontalmente y él me dijo que sí e hizo en la pizarra un dibujo de una línea recta para decir al final: «Pero luego se cae». Porque es falso, es imposible. Ni siquiera el hombre más poderoso del mundo puede lanzar una piedra horizontalmente. Yo sabía que las cosas eran así, de modo que le había puesto a prueba.

Lo provocabas.
Sí, lo provocaba. Pero no me acuerdo de nada más. Recuerdo que sus clases eran aburridas.

¿Tenías simpatías y antipatías muy marcadas?
Por mi maestra sentía una fuerte simpatía, por la maestra Emilia Glauda, que murió no hace muchos años, muy vieja ya, y que era una persona angelical. Seguía llevando faldas que le llegaban hasta los tobillos.

Por lo tanto asistió a tu éxito como escritor.
Sí, sí, me escribió con su maravillosa escritura.

¿Te apetece hablar de ella?
No puedo decir mucho más, excepto que era una persona muy cariñosa, paciente, una maestra digna del libro *Corazón*, una joven maestra que se dedicó a esa misión. Estaba soltera.

¿Era joven entonces?
Tendría unos treinta y cinco años.

¿Qué tal tu rendimiento en primaria?
Como ya te he dicho, era el segundo de la clase, sacaba siempre buenas notas.

¿Y quién era el primero? ¿Te acuerdas?
Sí, se llamaba Aldo Conti. Volví a verlo hace no muchos años, un buen chico, muy brillante, muy inteligente.

¿Fuiste el segundo los cuatro años?
Sí, los cuatro.

El eterno segundo.
Sí, pero tampoco es que me esforzara mucho por ser el primero.

¿Y cómo reaccionabas tú? ¿Cuáles son tus recuerdos al respecto?
Exclusivamente de aburrimiento.

Los boletines de notas los conservas, supongo.
No, nunca los guardaba. Creo que había que devolverlos, además. En los boletines no aparecían notas, sino «excelente», «suficiente», juicios. Yo oscilaba entre el excelente y el notable.

¿Qué asignaturas te gustaban más?
No lo recuerdo bien...

¿La Historia?
No, la Historia la odiaba, siempre la he odiado por desgracia y todavía hoy sigo siendo un ignorante en Historia. La Geografía me interesaba un poquito más. Me acuerdo de un episodio, que ocurrió en primero o en segundo, creo, sobre unas reflexiones... tal vez en segundo, sí. Me habían dicho que escribiera seis reflexiones sobre el sol. Yo escribí las seis reflexiones condensadas en una, escribí: «El sol ilumina, da calor, el sol es la estrella más brillante de los cielos» y no me acuerdo bien de qué más. La maestra me hizo notar que reflexión significa frase y que por lo tanto solo había hecho una. Me vi condenado a escribir otras cinco reflexiones y fue muy difícil.

Economía de palabras...
También recuerdo las dificultades que tenía para poner las comas, porque intentaba hacer las comas tal como aparecen en los libros impresos, es decir, un puntito con una cola, y hacía comas enormes porque trataba de reproducirlas con el aspecto gráfico de los libros impresos. Yo ya había empezado a leer antes y cuando fui al colegio ya sabía leer.

Tal vez el aburrimiento surgiera también de eso.
Sí, ya sabía leer porque me habían enseñado mi madre, mi padre. Yo tenía la pasión, poco correspondida, de enseñárselo todo a mi hermana, a quien le importaba todo un pimiento y no me hacía caso. Era mucho más deportista que yo, era más vivaz que yo, y me escuchaba con aburrimiento. Vamos, que no me escuchaba en absoluto, me remedaba.

¿Tu hermana qué hizo después?
Cursó también secundaria y bachillerato en el instituto, pero su bachillerato quedó interrumpido por las leyes raciales. Luego lo terminó en el colegio

judío y se licenció después de la guerra en Letras e Historia del Arte.

¿Y luego dio clases?
No, nunca llegó a dar clases. Entró en la Olivetti, donde hizo carrera.

Me gustaría volver por un momento a esa persona de servicio que teníais en casa, a la que hemos dejado a un lado por otras cosas. Me decías que era deliciosa.
Era una mujer muy piadosa. Durante un año o dos dormimos en la misma habitación.

¿Te acuerdas de su nombre?
Silvia Meneghelli.

¿Era de Turín?
No, era de Fiorenzuola d'Arda. Era devota de santa Rita, es más, colaboró en la construcción de Santa Rita, llevaba su modesta contribución a la iglesia y por la noche rezaba, se ponía de rodillas y rezaba.

¿Estuvo con vosotros muchos años?
Por lo que puedo recordar, de 1924 a 1934 por lo menos, diez años.

Después de ella, ¿hubo alguna otra persona de servicio?
Después mi padre se puso enfermo, tenía un tumor, tuvo que ser operado, tuvimos que contratar a media jornada a una enfermera y Silvia Meneghelli hubo de marcharse. Tuvimos otra mujer que hacía un poco de todo y nos cuidó mientras pudo.

Y en cualquier caso no sustituyó a la otra.
Era una véneta muy exuberante.

¿Meneghelli era anciana, joven?
A mí me parecía viejísima, debía de tener unos cincuenta y cinco o sesenta años.

¿La siguiente era más joven?
Sí, más joven.

Retomemos un poco más el hilo de primaria. Supongo que la clase era numerosa.
Éramos unos treinta y cinco.

Ya has mencionado tu antipatía por la Historia. ¿Y la Aritmética?
Me gustaba bastante. Hacía muchos juegos yo solo. Me había dado cuenta de que haciendo un número largo a mi gusto y sumándolo con su inverso, se hallaba un múltiplo de nueve, pero no había tratado de demostrar por qué.

¿Lo encontraste intuitivamente?
Lo encontré a fuerza de jugar.

Jugabas con los números.
Sí.

¿Y las Ciencias Naturales?
No tenían casi peso, no nos las enseñaban. Me interesaban, pero no nos las enseñaban.

¿Notabas alguna forma de precocidad en ti o creías ser como todos los otros niños?
No, yo era el niño más delgado, el más pequeño; además de ser el segundo crónico, era también el más pequeño de estatura. De modo que era siempre el primero de la fila en el gimnasio, lo que me humillaba.

Discriminaciones vinculadas con tu condición de judío, en cambio, has dicho que no hubo.
No se oía nada de eso, no recuerdo ningún episodio.

Mientras que sí advertías diferencias relacionadas con tu físico.
Sí, por lo que sufrí durante mucho tiempo.

¿Eras tú quien te veías así o recuerdas a alguien que te lo hiciera pasar mal?
En secundaria sí, en primaria no porque había algunos chicos pobres. Había un raquítico, había gente muy pobre, vaya. En el instituto, sí; me pesó siempre mucho el ser tan delgaducho.

Antes has dicho que jugabas con los números. ¿Con las palabras también?
También.

Capítulo libros: ¿recuerdas algún episodio en particular, revistas, tebeos?
No había tebeos entonces, solo el *Corriere dei Piccoli*, que era casi obligatorio. En todas las familias lo tenían, y yo me lo leía de cabo a rabo, me divertía mucho. En cuanto a la escuela primaria, sé que tuve que esforzarme un poco para saltarme quinto, y suerte que lo hice, porque si no me hubiera saltado quinto las leyes raciales no me habrían dejado acabar.

¿Pero saltaste quinto curso a causa del aburrimiento o por alguna otra razón?
No, fueron mi padre y mi madre quienes decidieron que saltara quinto.

¿Así que te presentaste el examen como alumno libre en el Rignon y luego pasaste al instituto?
Sí, al Liceo D'Azeglio. Pero, como te dije, el primer curso también lo hice como alumno libre.

Claro, claro, con Marisa Zini dándote clases. Pero con el instituto nos adentramos ya en otra esfera. Sigamos un poco más en la infancia, en el capítulo libros infantiles. El libro Corazón*, por ejemplo, ¿lo leíste?*
El libro *Corazón* me lo regalaron como premio, no me acuerdo en qué curso, era un premio para los mejores. Tampoco es que me causara una gran impresión; no me conmovía, no llegaba a creérmelo del todo, no me lo tomé muy a pecho.

¿Eras un niño que se dejaba conmover o no?
Yo era un niño muy sensible. Recuerdo un episodio que me hizo llorar amargamente cuando me enteré por los periódicos de la muerte de Nobile en el Polo. El episodio de un submarino que había sido hundido con hombres vivos dentro que daban golpes contra las paredes y no se podían salvar, eso me impresionó enormemente, hasta las lágrimas. Me daban mucho miedo los esqueletos, me provocaban un malestar físico los libros donde aparecían calaveras.

¿Otros libros de los que te acuerdes que se remonten a tu infancia?
Me acuerdo de los títulos. Me acuerdo de *Flik o tres meses en un circo*. Este lo leí antes de ir al colegio. También había leído *Pinocho*, con el que me divertí.

¿Leías mucho o poco?
Siempre estaba leyendo, tenía siempre algún libro que me había dado mi padre.

Disculpándome por los brincos, decías que naciste aquí, en casa.
Tengo un recuerdo curioso que, probablemente, esté conectado con el nacimiento de mi hermana, así que yo debía de tener un año y medio. El recuerdo de un gran revuelo, de alguien que me sostiene en brazos y que me columpiaba arriba y abajo delante de la tapicería y yo veía la tapicería que se movía. Mi madre nunca se ponía enferma, de modo que si mi madre

estaba metida en la cama probablemente era que estaba en la cama a causa del parto.

Puesto que teníais una parentela tan amplia, ¿venían a menudo a vuestra casa familiares con los que os reuníais, con los que teníais trato?
Sí, era una gran familia. Venían con frecuencia esos hermanos y hermanas de mi madre, venían a vernos y nosotros íbamos a su casa. El ritual era reunirnos el domingo en casa de mis abuelos maternos todos los nietos, éramos un buen número de nietos, que habíamos ido creciendo hasta llegar a once. Mi tío, el del cine, el que había organizado el cinematógrafo local, nos ponía en el pasillo películas que no sé dónde alquilaba; después nos acompañaba a casa en automóvil, a veces en una carroza. Pero estábamos a un kilómetro de distancia, no era una maravilla como viaje.

¿Pero todo eso no sucedía en via Po?
No, en via Po estaba la casa de los abuelos paternos. Mis abuelos maternos vivían en corso Vittorio esquina con corso Re Umberto. Nos acompañaban a casa en automóvil y era siempre una lucha, siempre queríamos ser los últimos a los que acompañaran. Así el viaje resultaba más largo.

¿Vuestra casa la había comprado tu padre?
No era suya, era la dote de mi madre, fue el regalo de bodas, la dote de mi madre.

¿Aquí todo era césped?
Sí, era casi todo césped. Estaba el parque de Villa Rignon aquí cerca. Recuerdo vagamente que íbamos a ver los trenes un poco más allá del Hospital Mauriziano, había un paso a nivel.

¿Qué tipo de memoria crees tener? ¿Visual? ¿Auditiva?
Una memoria sin más especificaciones. Una memoria, en parte, visual, en parte de cosas dichas, de cosas que oía decir. La tata, la niñera que había

dicho: «No toquéis los ranúnculos que hacen que se te caigan las uñas». Y que las patatas provocan dolor de espalda. ¿Sabes por qué? Es un juego de palabras: hacen que te duela la espalda porque hay que agacharse para recogerlas.

Vamos a ver si aún podemos encontrar algún otro recuerdo.
Del gimnasio, del ciclo inferior del instituto, si te interesa.

Por supuesto.
Tenía entre diez y once años, hacía colección de sellos, tenía algunos compañeros...

Para entonces ya estás en el instituto, después del año que hiciste por libre.
Sí. Tuve una profesora en primero, es decir, en segundo y en tercero, porque efectivamente primero no lo hice allí, una profesora inteligente pero requetemala.

Estamos hablando de lo que se llamaba entonces «gimnasio», es decir, de la edad que corresponde al primer ciclo de secundaria.
Entonces se hacía el gimnasio inferior y el superior, eran tres más dos años.

Por lo tanto, estamos hablando del gimnasio inferior.
Sí. Tenía una profesora inteligente, no digo mala, pero sí maliciosa. Era una mujer muy joven que me tenía en el punto de mira. Me acuerdo porque dado que en el gimnasio yo era bueno, esta vez el primero de la clase en absoluto con varias cabezas de ventaja, me dijo: «En esta aula acabarán poniendo una lápida: Aquí estudió Primo Levi», lo que me causó una curiosa impresión.

¿Y cómo se llamaba esa profesora?
Maria Borgogno.

Pero si sé quién es, se llama Anna Borgogno.
Puede que sea Anna...

Vive en Roma, ha escrito una novela, La città perduta*, de la que hice una reseña, era sobrina del escritor Vittorio Actis (Amilcare Solferini), relata su infancia, el período fascista, las dificultades que tuvo como docente democrática y no condescendiente.*
Sí, no era fascista. Me tenía en el punto de mira, en cualquier caso. Me puso deliberadamente junto al más borrico, no sé por qué.

Desde luego, por lo que se desprende de la novela, no era una mujer inclinada al sentimentalismo.
Me escribió, después de *Si esto es un hombre*, una carta para preguntarme si era yo ese Primo Levi que había sido alumno suyo y que escribía composiciones en una escritura diminuta, difícil de descifrar, y yo le respondí que sí, que era yo, pero creo haber perdido esa carta.

En cualquier caso, se había mudado a Roma.
Sí, vivía en Roma y era bibliotecaria no sé dónde. Tal vez fuera Anna Borgogno...

Sí, es Anna Borgogno.
Me había puesto como compañero de pupitre al más burro de la clase para ver lo que pasaba. A ella le gustaba hacer esos experimentos. Además, como era una clase mixta de chicos y chicas, me ponía cerca de las niñas para ver qué pasaba. Hacía experimentos así...

¿Y qué pasaba?
Nada. Yo era muy tímido, me retraía, me sonrojaba. Recuerdo muy bien un episodio. Se hablaba de avaricia, de alguien muy avaricioso... Uno, desde el fondo de la clase, dijo: «Un judío, en definitiva», y Borgogno se indignó violentamente y le dijo: «Esas cosas no se dicen».

¿De qué te daba clases?
Enseñaba Italiano, Latín, Historia y Geografía.

¿Algún otro profesor?
Tenía un aburridísimo profesor de Matemáticas que no sabía dar clase, aunque tampoco es que yo fuera muy bueno. Era bueno en Latín, el Latín me gustaba mucho. Era un *grammaticus*, me interesaba la gramática latina, me interesaban ya entonces la etimología de las palabras italianas. Había pedido que me regalaran un diccionario etimológico. Pero hacía buenas composiciones, siempre y cuando se tratara de composiciones de invención, es decir, creativas, y hacía penosas redacciones cuando se trataba de hacer crítica, es decir, de comentar poemas. La poesía no me interesaba en absoluto. Me las metieron en la cabeza, como se hacía entonces, Carducci, Pascoli. Se me quedaron grabadas en la cabeza, pero no me gustaban.

Pero en cambio en las composiciones creativas...
Yo era bueno, hacía incluso composiciones muy divertidas.

¿No has guardado nada de aquella época?
Nada.

¿Algunas fotografías?
Alguna rara fotografía. Debo decir que... bueno, sí, se me viene a la cabeza un libro que me dejó muy impresionado, había leído, de Jerome, *Tres hombres de paseo*, y también *Tres hombres en una barca*, y procuraba imitarlo inconscientemente al escribir.

Imitabas su humor...
Sí, trataba de imitarlo inconscientemente.

¿Y lo conseguías?
Bueno, parece que sí, en las composiciones me ponían dieces entonces, en el gimnasio inferior. En el gimnasio superior, sin embargo, cuando se trataba de redacciones sobre Manzoni, sobre Ariosto, ya no me iba tan bien.

Volviendo a tus profesores, ¿te acuerdas del nombre del profesor de Matemáticas?
Sí, Pandolfi.

¿Y su nombre?
No.

¿Alguna otra consideración sobre Borgogno?[6]
Mis compañeros de clase más evolucionados que yo hablaban con malicia de ella. La verdad es que dejaba caer alusiones, no era tan cándida como daba a entender ser. Desde luego era una mujer inteligente.

Italiano, Matemáticas, Griego todavía no. ¿Y Educación Física?
La educación física en ese momento era monopolio del fascismo.

Pero se daba en los colegios.
Sí, el profesor de Educación Física era un jerarca fascista, pero era un pobre diablo ya anciano, poco dotado para la gimnasia. Nos hacía hacer marchas, carreras, saltos. Yo era debilucho, pero bastante ágil.

¿Otras asignaturas? ¿Dibujo?
Dibujo no había. Teníamos Geometría, dibujo geométrico. Nunca aprendí a dibujar.

¿Tampoco conservas los boletines de notas del instituto?
No, nada de nada.

Veo que no has guardado con especial esmero tus cosas.
No, pero sobre todo, ya sabes, en medio estuvo la guerra, quién sabe la de cosas que se habrán perdido.

Además, porque después tuvisteis que esconderos todos.
Yo estuve internado en un campo, mi madre se vio obligada a esconderse, tuvo que repartir sus cosas en casas de amigos cristianos, que en parte se las devolvieron y en parte se las quedaron, los libros dispersos en muchos sitios diferentes...

Por eso tampoco conservas los libros de tu infancia.
Salvo unos pocos.

¿Algunos los conservas entonces?
Sí, algunos los tengo todavía, pude quedarme con unos veinte. ¿Ves allá arriba en lo alto, arriba a la izquierda, esa fila de libros encuadernados? Allí estaban los libros de mi padre que no sé dónde han ido a parar.

Con todos los libros que leía tu padre tuvo que tener una buena biblioteca.
Una buena biblioteca, en efecto.

Que se ha perdido.
Se ha perdido un noventa por ciento.

¿Nunca te lamentas por esa pérdida?
Bueno, incluso los libros que quedan están todos destrozados, se mojaron por la lluvia, son más bien recuerdos, reliquias.

¿De tus compañeros de secundaria tienes algún recuerdo?
Uno de ellos era Fernanda Pivano.

¿Compañeros con los que formabas pandilla?
No con Fernanda Pivano, porque se daba muchos aires, era mayor que yo.

¿Así que Pivano se daba aires?
No era solo eso. Estaba ya, como suele decirse, desarrollada y yo no. Fue mi compañera tanto en el ciclo inferior como en el superior, durante cuatro años, cinco menos uno. No, nunca tuve demasiada confianza en Pivano. A los demás los fui perdiendo por el camino, de vez en cuando me encuentro con alguno.

¿Ningún amigo con el que intercambiabas confidencias, con el que pasabas más tiempo, por las tardes por ejemplo?
Sí que lo tuve, sí, pero volveremos a hablar de él porque le ha tocado un trágico destino. Fue al principio del instituto, estaba en otra clase de mi curso, y era judío él también. Nos volvimos amigos e hicimos muchas cosas juntos. Ahora tiene una enfermedad mental, una cosa muy triste.

¿Cómo pasabas tu tiempo libre? ¿Estaba ya la montaña en tu vida?
La montaña entonces era asunto familiar, en la época del instituto era familiar, en fin, que íbamos todos, aunque mi padre no.

Él llegaba de noche...
Mi padre no, no le gustaba caminar, pero mi madre nos hacía caminar, a ella le gustaba mucho la montaña. Eran excursiones cortas, baños en el río Angrogna cerca de Torre Pellice y paseos por los prados. Mi madre tiene cierto talento para reconocer vegetales, nos enseñaba los nombres de las plantas, aunque sobre todo a mi hermana, yo tenía una relación muy estrecha con mi hermana. A mí me gustaba jugar con las hormigas, es decir, trataba de ver cómo se las apañaba una hormiga en apuros, sin matarla nunca. Ponía barreras, colocaba una hoja con un agujero encima de una hormiga, la hormiga se veía obligada a salir por el agujero y a montarse en la hoja; entonces ponía la hoja a flote en una bañera con un palito para ver

si la hormiga conseguía encontrar el palito. Criaba renacuajos, ya lo he contado...

Hacías pequeños experimentos, aplicabas el método experimental.
No, pero había leído a Darwin muy pronto, no sabría decir cuándo. Conservo esa edición de Darwin, tal vez la leyera a los quince o dieciséis años.

De esta manera observabas cómo podría nacer la selección.
Sí, me dejó muy impresionado. Sobre todo el vigor de sus razonamientos.

Pero ya estamos prácticamente en el primer curso del ciclo superior.
Sí.

¿Y a Pivano has vuelto a verla?
Sí, la vi una vez, cuando fui a una conferencia suya, me presenté. También me ha mandado un tarjetón recientemente.

Ha escrito una novela.
Sí, ha escrito una novela, pero no la he leído.

Sigamos con los profesores. En el gimnasio, en el primer ciclo ¿tuviste siempre los mismos profesores?
A Borgonovo la tuve durante dos años en el gimnasio inferior; después, en el gimnasio superior, tenía un profesor muy antipático, que se llamaba Taverna, del nombre no me acuerdo. Era muy duro, no sabía enseñar y no sentía cariño por los niños. Era muy rígido, tengo un mal recuerdo. Recuerdo que, junto con mis compañeros de clase, tramábamos los tormentos más feroces para castigar su falta de sensibilidad. Nos daba clases de Italiano, Latín, Griego, Historia y Geografía.

¿Sufriste con la transición del ciclo inferior al superior?
Bueno, por Borgogno sí, porque ella era una mujer y el otro era un hombre; era en cierto modo como salir del vientre materno, en pocas palabras, y además había empezado una etapa difícil para mí, porque mis compañeros de clase empezaban a estar interesados en las chicas y en el sexo, y yo no. Yo estaba muy atrás en eso, me sentía enormemente reprimido, enormemente retrasado, y me hice una curiosa promesa a mí mismo, me dije de modo darwiniano: las posibilidades son dos, o yo soy apto para la reproducción o no. Si no lo soy, pues nada, no pienso tomar ninguna medida, y si lo soy, ya se desarrollará por sí misma, nacerá por sí misma, por su cuenta.

Un razonamiento maduro, creo.
He de decir que desde entonces empezó ese período doloroso que llegó hasta Auschwitz incluido y que no se resolvió hasta después. Es decir, que llevaba una vida de inhibición, que me hizo sufrir enormemente y que yo trataba de compensar precisamente con la montaña, que practicaba de manera imprudente, con deportes violentos, con carreras, con la bicicleta, todas estas cosas. Pero mis compañeros de clase se reían de mí porque se percataban de que yo era diferente.

No tenías los deseos que ellos tenían, las pulsiones que ellos tenían.
No hablaban de otra cosa, siempre estaban contando historias guarras, y mi educación sexual se produjo a través de historias guarras y de Freud.

¿Es decir?
Mi padre me había proporcionado libros de Paolo Mantegazza y de Freud, pero nunca se molestó absolutamente en echarme una mano, en ir al encuentro de mis necesidades.

Es decir, que te las apañaras por tu cuenta.
De hecho, me tomaba el pelo. Él, que había tenido una vida completamente

diferente, me decía: «¿Qué estás esperando para salir con una chica?».

Demostrando muy poca sensibilidad...
Mi hermana había empezado a tener ligues...

LUNES, 26 DE ENERO

La vez pasada llegamos a hablar del gimnasio, del primer ciclo de bachillerato. ¿Hablamos ahora del liceo, del segundo ciclo?
En aquella época ser estudiantes del Liceo D'Azeglio era un privilegio, porque el D'Azeglio tenía reputación de ser un buen instituto, y no solo, sino también fama secreta de ser un centro antifascista. En efecto, en mi época, hubo una gran criba y de profesores antifascistas, de los que lo eran abiertamente, no quedaba ni uno.

¿De qué años estamos hablando?
De los años 1934, 1935, 1936.

Tú te has referido a tu generación como una generación que se había quedado sin maestros.
Sin maestros directos o, mejor dicho, maestros había. Estaba Umberto Cosmo,[7] por ejemplo, que fue profesor en el D'Azeglio, pero que había sido obligado al silencio. Era un gran anciano, muy digno pero tímido, y era evidente que querían meterle en líos. Permanecía el recuerdo de Zino Zini, el recuerdo de Pavese, de Antonicelli, la memoria de Monti,[8] por supuesto. Pero no llegaron hasta mí, nadie hablaba, quienes sabían permanecían en silencio.

¿Fueron cosas que aprendiste más adelante?
Eran murmullos que yo no entendía. Entre otras cosas porque yo antifascista no era aunque tampoco fuera fascista. Era un burgués, un chico de clase media, hijo de una familia burguesa. Mi padre era un hombre políticamente prudente, que había sido testigo de la revolución húngara y había recibido un *shock* tal que el comunismo no le gustaba, ni en general la revolución ni en general la renovación. Tampoco le gustaba el fascismo. Era un liberal, en definitiva, pero permanecía siempre callado y no influyó absolutamente en mi formación política.

De modo que en tu casa no se hablaba de política.
No, mi padre echaba pestes cuando le tocaba ponerse la camisa negra. Había escogido el camino más fácil, se había inscrito en el partido y tenía que ir a votar sí o no, es decir, sí, porque tenía el carné, ya sabes cómo era la cosa... De modo que estaba disgustado por el fascismo, pero no se le podía considerar un antifascista.

Un descontento.
Sí.

Y tú entonces fuiste a la escuela...
Fui regularmente al colegio, me apunté regularmente a los Balilla, y más tarde a los Avanguardisti, también yo de mala gana porque no me gustaba en absoluto eso de los desfiles, no contenían nada positivo. La doctrina del fascismo, sin embargo, no niego que tuviera un cierto «apelo».[9] Esta versión idealizada del fascismo, como fuerza vital, como impulso vital, un cierto «apelo» sí que lo tenía. No tanto como para movilizarme, pero sí lo suficiente como para hacer que me tragara tranquilamente, por ejemplo, cosas como la guerra en Etiopía. Tenía el mapa de Etiopía lleno de banderitas. Como la mayoría de los italianos, creía en ello.

Fue la punta de lanza del mito.
Sí, la punta de lanza del mito fascista, que se derrumbó inmediatamente después.

Hubo un considerable apoyo popular.
Yo tenía quince años.

Lo entiendo perfectamente. Hablo del consenso de los adultos.
Algo que ya no funcionó después en España. En la sucesiva campaña de España se vio de inmediato que faltaba apoyo popular. Fue una guerra sangrienta la de España, muertos en ambos bandos, italianos en ambos bandos, y la cosa llegó a saberse.

Pero tú, en toda esa ideología de la fuerza vital, ¿cómo te sentías visto que te has descrito como una persona tímida y fuera de lugar?
Me sentía tímido, me sentí fuera de lugar, no me sentía fascista. Además de eso, mis profesores no es que fueran antifascistas, pero tampoco eran fascistas, con la excepción de un pobre diablo, un loco prácticamente, un profesor de Filosofía que sí que era fascista, pero era tan estúpido que se ponía en ridículo a sí mismo y al fascismo que predicaba. Nuestra profesora de Italiano era Azelia Arici,[10] bien conocida, que no era fascista, aunque ciertas concesiones sí llegó a hacer, pero que se atenía a un programa de estudios de Italiano esencialmente decoroso, basado en los clásicos y en algunos sutiles homenajes, dedicados en secreto a la memoria de sus predecesores. En secreto.

Y de otros profesores, ¿te acuerdas?
Sí, por supuesto. Coccolo,[11] profesor de Griego y de Latín, era un gran estudioso de griego y latín. Era un cura, hay una figura parecida en ese libro tuyo, *Viaggio nella città*. Por desgracia, era un personaje un poco ridículo, porque bebía mucho. Tenía una cultura extraordinaria, pero una manera de exponerla intrínsecamente ridícula. Ya ridícula era su propia persona,

porque era diminuto, rubicundo, de ojos azules infantiles, con un tremendo acento piamontés y hasta nos hablaba en piamontés algunas veces, cuando se le escapaba. Recuerdo una vez que alguien estaba molestando y él dijo: *Chi ch'a l'é ch'a romp le bale?* ¿Quién es el que está tocando las pelotas? Después se disculpó públicamente, dijo: me he visto obligado a usar una palabra no excesivamente decorosa. Él era así, de modo que resultaba un personaje digno de estima y ridículo al mismo tiempo.

¿Y el padre Coccolo os dio Griego y Latín en primero, segundo y tercero?
Sí, en primero, segundo y tercero.

Así que nada de cambios en los tres años.
No.

¿Azelia Arici os dio durante tres años clases de Italiano?
Sí.

¿Y de Matemáticas?
Sí, Maria Mascalchi, buena persona. No era una gran matemática, pero tenía cierto talento para la enseñanza. Era justa, no cometía flagrantes injusticias, dominaba su materia, una persona sólida.

¿Y en Filosofía e Historia?
Durante un año tuvimos al profesor Eusebietti. Era un docto estudioso de Aristóteles, a quien tradujo al italiano, pero lo recuerdo como un extraño, no teníamos demasiado contacto. De vez en cuando nos reíamos, pero un contacto personal era impensable. Además, hay que tener en cuenta que éramos una clase monstruosa de cuarenta chicos, todos varones, en su mayoría unos bribones, de modo que éramos intratables, en definitiva. El profesor no podía dominar una clase así. En los dos años sucesivos vino un profesor que se llamaba Gerbaz, uno de Aosta, uno de los maestros que caen en el ridículo sin necesidad de que nadie les ayude.[12] Con errores no

solo de pronunciación, sino también de concepción, repitiéndose continuamente. No sé ni cómo podía dar clase... de hecho, luego se habló de que había sido hospitalizado. Su enseñanza fue nula.

¿Qué otras asignaturas quedan?
Ciencias Naturales, donde había una solterona ya mayor, Pangella, con quien yo competía constantemente porque sabía química mejor que ella, ya la había estudiado por mi cuenta y le hacía preguntas embarazosas a las que no sabía responder. Recuerdo algunas de mis preguntas maliciosas cuyas respuestas yo conocía, y a las que ella me contestaba erradamente.

Con las debidas diferencias, es la misma actitud de la que has hablado respecto a tus profesores de primaria. Por lo que dices, no parece que el Liceo D'Azeglio fuera en realidad ese excelente centro del que se hablaba. No parece que haya habido muchos profesores memorables.
Arici. Arici era una profesora memorable, hasta el punto de que aún recuerdo algunas de sus clases, incluso ahora. Siempre lidiando con aquella clase de desalmados, en una lucha desesperada. Con todo ello, debo reconocer objetivamente que era una profesora excelente. Y, sin embargo, no llegaba a cautivarme porque mi interés estaba en otra parte, todo concentrado en la química.

Aparte del pasado más lejano, ¿cuándo comenzó tu vocación?
Más o menos con el primer curso de liceo. Me las apañaba con los productos químicos que encontraba en casa, me había buscado libros de texto de química que también mi padre me regalaba, hacía experimentuchos que me parecían sorprendentes, todavía en fase alquímica: el árbol de Venus, el árbol de Júpiter, el árbol de Marte, hacía cristalizar las sales.

Todo eso fuera de la escuela, sin embargo, fuera de los estímulos escolares.
Sí.

¿Había alguna razón?
Por curiosidad. Porque me interesaba el cielo estrellado, me interesaban los animales, criaba renacuajos, como ya he contado, en casa, me interesaban los mosquitos, me interesaba todo.

¿Porque la química está en el corazón de todas las cosas?
A mí me parecía que sí; eso era exactamente lo que yo creía, en efecto. Por lo que albergaba cierta aversión hacia la enseñanza del italiano, que me era muy ajeno. Arici era una seguidora de Gentile, de Croce, consideraba que las Ciencias Naturales, la Física y las Matemáticas eran asignaturas accesorias, complementarias, de segunda división. Discusión que proseguimos muchos años después de la guerra, cuando nos hicimos amigos, e iba a visitarla. Ella se mostraba muy sorprendida por todo ello, era un mundo nuevo para ella.

¿Es decir, que le revelaras la trastienda de sus clases?
Sí, sus clases, que yo toleraba. Yo hacía redacciones muy malas, así que... Sí, Dante me gustaba mucho y en consecuencia incluso me las apañaba para decir algo de él, pero Carducci, Pascoli, D'Annunzio me despertaban muy poco interés, los soportaba como un mal necesario. Ahora he cambiado de idea.

Así pues, vamos a ver, ¿consideras que la reforma educativa de Gentile, en definitiva, provocó daños en vuestra generación y en las subsiguientes?
No puedo hacer una comparación, pero yo diría que sí. Y, entre otras cosas, sin duda ha privado a Italia de algunos potenciales genios físicos y matemáticos a los que se desanimaba desde el principio.

¿Sabes de otros que hayan vivido en tu clase situaciones análogas a la tuya, que se hayan organizado por su cuenta, que se hayan construido otra escuela?
Sí, en mi clase había un genio, no potencial sino actual, que era Ennio

Artom, el hermano de Emanuele.[13]

De la familia Artom recuerdo un conmovido retrato de Augusto Monti.
Eran dos hermanos y su padre. Emanuele murió siendo partisano. Ennio era el más joven, un joven extremadamente precoz, y tan tempranamente antifascista que podía enorgullecerse de haber sido enviado al confinamiento interno ya dos veces a sus catorce años. Cuando Mussolini venía a Turín, la policía iba a su casa y se lo llevaba a Torre Pellice. A los catorce años estaba ya considerado como un elemento extremadamente peligroso.

¿Estabais fascinados con él?
Él era un chico muy cerrado, pero tenía un atractivo innegable, el atractivo de quien tiene las ideas extremadamente claras acerca de todo. Ya entonces era un lingüista, era amigo y discípulo de Benvenuto Terracini, sabía hebreo muy bien. Fue un lingüista nato que a la vez había absorbido, incluso en su casa, un antifascismo muy diferente al mío: era el verdadero antifascismo militante. Inspiraba un respeto instintivo en todo el mundo.

¿Eras amigo suyo?
No osaba ser su amigo, lo consideraba muy superior.

¿Tenía amigos en tu clase?
No, no, era un solitario. Además, físicamente no era muy agraciado, era un chico pequeño, feo, con gafas, extremadamente robusto. Pero era tan discordante del retrato viril que el fascismo trazaba para los jóvenes de la época que disfrutaba a su alrededor de un cauteloso ambiente de privilegiado. Era el primero de la clase; el primero, por definición, el primero de la clase nunca goza de muchas simpatías.

¿Es el único de tus compañeros al que recuerdas?
El único. Todos los demás eran personajes desvaídos.

¿Has vuelto a ver a alguno desde entonces?
A algunos sí.

¿Hay alguna relación entre tu vocación de químico y de etimólogo —y por lo tanto de lingüista— y la de Artom?
Claro. Me gustaba la gramática, tanto la griega como la latina. No sabría decir por qué, probablemente por razones científicas, puesto que la gramática era una ciencia, y el culto a los clásicos no lo era, había porqués a los que la escuela contestaba mal. Pero ese interés mío de aficionado por el por qué se dice así, por el porqué de los verbos griegos, por las relaciones entre los verbos griegos y los verbos ingleses y los verbos alemanes y los verbos latinos me interesaban ya entonces, pero era un interés que nadie alentaba, un interés destinado a quedarse en blanco.

¿Tal vez porque con ello ponías a los profesores en situaciones difíciles?
Coccolo me alababa por eso, me llamaba el *grammaticus*, el latinista. Había localizado, había percibido en mí ese gusto etimológico; sin embargo, la enseñanza de las lenguas clásicas era poco científica entonces, no sé cómo será hoy, pero científica no era. No te decía nada sobre el porqué de las cosas, por ejemplo, el parentesco evidente entre el latín y el griego.

Se leía a los clásicos.
Se enseñaba la gramática como un regalo de Dios, como iluminación que venía de lo alto, una gramática sin porqués, y se leía a los clásicos.

Tú, en cambio, tenías otra vocación.
Por la que, a mi pesar, me sabía bien la gramática, tanto la latina como la griega. Tuve siempre buenas notas en Latín y Griego, mejor que en Italiano.

¿Qué tal tu trayectoria?
¿En el instituto? Oscilaba entre entre el bien y el notable, entre el siete y el

ocho. Tenía buenas notas en Ciencias Naturales, en Matemáticas, en Italiano; medianas en general, excepto cuando algo encendía mi imaginación. Una trayectoria que culminó en el incidente que ya te he contado: el tres que saqué en Italiano en la reválida de bachillerato. Fue mi primer y único insuficiente.

Algún arrebato de fantasía ¿lo recuerdas?
Por Ariosto, por Ariosto, sí. Ariosto me gustaba.

Personajes en movimiento, arrebatados, abandonados, retomados, un viaje bien intrincado.
Me llegaba a la imaginación. Esos viajes constantes, esos paisajes imposibles, idílicos, laboriosos. Incluso la técnica poética de Ariosto me gustaba, como la de Dante por lo demás. De Dante me gustaba el *Infierno*, el *Purgatorio* un poco menos, del *Paraíso* ya no me acuerdo.

¿También, en este caso, porque los profesores no estaban a la altura?
El *Infierno* es fácil, es en tecnicolor.

¿Nociones teológicas?
Científicas también.

Cuando más tarde volviste a leer a Dante, ¿te reafirmaste en esas preferencias?
Volví a leer todo el *Purgatorio*, el *Paraíso* no. El *Paraíso* me echa para atrás. Nunca se me ocurre releerlo.

¿O sea que nunca has vuelto a intentarlo?
No.

¿Los boletines de calificaciones los has conservado?
No, ninguno.

¿Y el título universitario?
Sí, eso sí.

La condición de judío, ¿te pesó más en el instituto que en primaria y en la secundaria inferior?
En el instituto un poco más, porque tenía esta amistad-enemistad que relaté en «Un largo duelo».[14] ¿Sabes a lo que me refiero?

Sí, cuando hablas de la carrera en el Stadium.
Es un episodio realmente curioso este. Este amigo-enemigo estaba intrigado por el hecho de que yo fuera judío y me azuzaba, me provocaba, pero también se sentía interesado. Todavía conservo la edición de los poemas de Carducci, una edición Zanichelli en papel de seda, en la que él escribió en la portada «judío» con saliva, estropeando la cubierta. Todavía está escrito, aún puede verse. Dicho todo esto, me sentí paradójicamente atraído por él, debido a su vitalidad exuberante, a su sexualidad precoz que yo no experimentaba. Además, se me pegaba como una lapa, porque yo le ayudaba a hacer los deberes, le servía en parte de guía, en parte de maestro. Él, en cambio, me enseñaba los caminos para llegar al río Sangone en bicicleta, me desafiaba a hacer carreras en bicicleta. Lo vi de nuevo durante la guerra. Durante la guerra era soldado, había estado en Grecia y yo le dije brutalmente que esperaba que Italia perdiese la guerra y él me contestó: «Puedo perdonarte solo porque eres judío». Desde entonces nunca más volví a saber nada de él, no he vuelto a ver su nombre en ninguna parte, ni he sabido nada más de él.

¿Nunca le has buscado?
Vi que aparece en la guía telefónica, pero no he intentado volver a retomar el contacto.

Era, en cualquier caso, un fascista, mientras que tú no.
Era un fascista de hecho, un virilista, pero era de un cinismo extremo, incluso en relación con el fascismo. No creía en nada, era el prototipo de cierta clase de italianos, para quienes la fuerza física cuenta mucho, el vigor corporal. La doctrina no contaba nada, no era desde luego un fascista disciplinado.

¿Con algún otro compañero, aparte de este, nació una mayor familiaridad? Alguien con quien, qué sé yo, pasabas más tiempo que con otros, ibas al cine, cosas así.
Sí, tenía un amigo, íbamos al cine, pasábamos larguísimas horas juntos, acompañándonos uno al otro a casa. Tenía un amigo, que sigo teniendo, un amigo del instituto, con quien siempre mantuve una relación de amistad abierta, hasta que se casó, luego ya no.

¿Fue el matrimonio el que rompió los lazos?
Es que con su mujer ya no sabe de qué hablar. Él siguió soltero durante mucho tiempo y mientras estuvo soltero tuvimos una confianza abierta y completa. Cuando se casó, cesó esa confianza.

Anticipándonos a los temas, ¿también tu matrimonio ha cambiado las cosas?[15]
Esta es una pregunta anticipada. Mi mujer lo conmocionó todo, fue un hecho dramático, maravilloso también.

Volvamos entonces a la amistad. Hablábamos del cine. ¿Qué representaba el cine para ti?
El cine francés representaba mucho para nosotros, representaba algo que faltaba en Italia. Las películas que se hacían en Italia eran exangües.

¿El llamado «cine de teléfonos blancos»?
Mino Doro, Denis... No excavaban en lo profundo. El cine francés sí. Contaba la vida tal como era, por lo menos como parecía ser, incluso en su revés trágico. Hablo de Renoir, de Jean Gabin, de *Amanecer* de Carné, de *Carnet de baile*, del *Desertor* (no recuerdo cuál era en Italia su título exacto). Llegaban en Italia un poco censuradas, pero, en definitiva, el mensaje nos llegaba igualmente. A veces íbamos incluso al teatro, a ver a Gilberto Govi, por ejemplo, lo que era un gran alivio, una vía de escape. Instintivamente sentíamos en Govi algo auténtico.

Un mensaje sutil que os llegaba de lo cotidiano.
Sí, este hombre mediocre en todo, que se expresaba en un lenguaje inmediato, en esa mezcla suya de italiano y dialecto ligur. Además, íbamos a las montañas y eso era importante. Nunca he sido un gran escalador, ni un gran esquiador, pero íbamos a las montañas. También eso significaba en parte despegarse de la atmósfera somnolienta del Turín de entonces. Se puede decir que, en invierno, casi todos los domingos íbamos a la montaña, a los lugares habituales: Bardonecchia, Sestriere, Claviere. Nos quedaba algo distante el Valle de Aosta entonces.

¿Cómo ibais?
Había autobuses alquilados que empleaban cuatro horas para llegar a Sestriere, pero los viajes eran muy divertidos de todas formas.

Salida de madrugada...
Nos despertábamos a las cinco.

Y compañía distinta a la del colegio.
En su mayor parte eran compañeros de colegio, otras veces íbamos con las organizaciones fascistas, es decir, con los llamados Avanguardisti alpinos que, sin embargo, no nos enseñaban nada, nunca nos enseñaron a esquiar.

¿Había algún responsable?
Había un hombre que se suponía que era el que nos iba a enseñar pero que ni siquiera sabía esquiar, así que no llegué a aprender nunca.

Volviendo al teatro y el cine, ¿a qué sitios ibais?
Un poco a todos, generalmente a los que costaban menos. En aquellos tiempos había cines de estreno, de primer reestreno y de reestreno. Esperábamos a que la película pasara a la segunda o tercera categoría.

¿Tienes algún recuerdo de algún cine en particular?
Sí, el que ahora se llama Arlecchino, que entonces se llamaba Imperia y costaba una lira y dieciocho, una lira y unos céntimos, vaya. Había cines de ochenta céntimos incluso.

¿También había cines de mala reputación?
Sí, el cine Porta Nuova, creo que se llamaba.

Perduró hasta mi época, estaba bajo los pórticos de via Niza, esquina con via Berthollet.
Sí, estaba abierto por las mañanas, se iba allí en vez de a clase.

¿Alguna vez hiciste novillos?
En el instituto, no; en la universidad sí.

En el liceo tú nunca, pero algunos de tus compañeros sí.
Algunos sí, los más temerarios.

No era en el fondo una transgresión tan grave...
No.

¿Y fumar?
Empecé a fumar después de la guerra.

¿Pero nunca sentiste deseos de probar la transgresión, de hacer algo que te hiciera sentir «mayor»?
Mi transgresión era la montaña. Empecé a hacer cosas muy imprudentes bastante pronto, en la universidad, no en el instituto. Mi transgresión era esa.

¿Te ponías a prueba con el riesgo, lo provocabas?
Sí.

Pero para entonces ya estábamos en los años de tu amistad con Delmastro. [16] *Parece, sin embargo, que era más propenso a la prudencia, que era más sólido.*
Sabía más cosas que yo, pero el riesgo le gustaba también bastante.

Sandro Delmastro es una amistad de tus años universitarios...
Sí.

¿En qué instituto había cursado la secundaria?
En el Liceo Alfieri.

¿De qué familia provenía?
De una familia media. Era hijo de un maestro albañil.

Así que no tenía gente de estudios en casa. ¿Representabas para él en cierto modo el hombre de estudios?
Representaba uno que se tomaba la química en serio.

¿No hubo zonas de sombras entre vosotros?
¡Ah, lo que había era una pura admiración! Aquel chico tan taciturno, de palabras tan escasas, tan eficiente físicamente, tan seguro de sí mismo. Tenía un hermano mejor incluso que él, porque él de cara era feo. Su

hermano, además de todas sus virtudes, era un chico de gran belleza también, era un Messner en definitiva. Sin exhibiciones, hicieron juntos cosas memorables, la travesía de la cuenca del Cogne en toda su extensión —*no break*— sin interrupción. Fueron citados en el boletín del Club Alpino Italiano, pero para ellos era la victoria en sí misma lo que contaba, no se daban importancia en absoluto por ello.

Personajes que parece imposible que existan.
Personajes dignos de Jack London. Él apenas me contaba nada de sus [empresas], como vivacs enterrados bajo la nieve que habían excavado, noches pasadas al aire libre en pleno invierno, excursiones en bicicleta hasta Sestriere para ir a esquiar, cosas legendarias. Me tomó bajo su tutela para enseñarme lo básico. Yo físicamente era muy inferior a él.

Inferior físicamente pero lo compensabas con la agilidad.
Ágil sí que era, y también tenaz.

¿Qué le hace falta a quien sube a las montañas?
Se necesita resistencia al frío, resistencia a la fatiga.

¿Ha sido la gran amistad de tu vida?
Fue fundamental durante muchos años, solo ahora empieza a desaparecer. La amistad significaba compartir un poco de todo, compartir confidencias, compartir la montaña, compartir curiosidades en común. Y también conciertos.

¿Dónde? ¿En el Conservatorio? Pero estábamos hablando de la amistad...
Sí, la amistad ha sido muy importante y lo sigue siendo, la amistad entre hombres y también con las chicas.

Vamos por orden, veamos: las montañas, el cine, los conciertos, el teatro.

¿Solo el teatro comercial?
No, no solo. Shakespeare también. Nos adaptábamos a lo que había, en definitiva.

¿Al teatro ibas a menudo?
No, cuatro o cinco veces al año.

¿Y al cine?
Diez veces al año, quizá.

Además, has hablado de conciertos.
Conciertos a los que estaba abonado.

Así que era a los que ibas de forma más asidua.
Sí.

De modo que la música tiene para ti una gran importancia.
Nunca he tocado nada, para mí la música era algo pasivo, era un interés pasivo, fascinante, pero pasivo. Nunca se me ocurrió la idea de aprender a tocar. Empecé, en realidad, mi familia intentó que tomara clases de piano, cuando tenía seis o siete años, pero yo me echaba a llorar, no quería, no tenía ganas, me faltaba tenacidad.

Y no volviste a intentarlo más. ¿Vale lo mismo para tu hermana?
Ah, lo mismo. Ella tampoco.

¿Y tus hijos?
Mis hijos son los dos extraordinariamente musicales. Ambos aprenden cualquier instrumento, lo tocan juntos, siguen cursos. Mi hijo, además, como físico, tiene un conocimiento incluso físico de la música. Mis hijos están muy dotados para la música.

¿Algún concierto memorable?
No sabría decírtelo.

Volvamos un poco a la amistad. ¿Percibías la diferencia entre la amistad masculina y la femenina?
Estás tocando un tema muy delicado, porque yo era muy tímido, de una timidez patológica, de modo que tenía algunas amistades femeninas, pero no pasaba de ahí. La mutación, el salto de la barricada llegó para mí extremadamente tarde, después de Auschwitz. Es un asunto del que hablo con cierto azoramiento, con cierta dificultad. El caso es que yo era un reprimido, se ve perfectamente en lo que he escrito. Yo estaba fuertemente inhibido, entre otras cosas a causa de las leyes raciales, que suponían un corte radical. Muchas chicas, de buenos modos, sin ofenderme, se apartaban de mí, pero yo me empeñaba en buscar precisamente a aquellas con quienes no podía entablar relaciones.

¿Buscando a quien te rechazaba?
Tal vez sí, pero eso se lo dejo a otros. De hecho, tuve varias amistades femeninas, pero con ninguna floreció el amor.

¿Ni siquiera con esa compañera de universidad —has hablado de ella bajo una identidad falsa en El sistema periódico*— con la que te intercambiabas lecturas?*
Tampoco. Es decir, sí. Yo estaba vagamente enamorado de ella, pero de manera extremadamente casta.[17]

¿Y sufrías?
Sí, sufría enormemente, sufría de forma espantosa porque veía que todos mis amigos pasaban por esa experiencia, tenían incluso experiencias sexuales. Yo no, y sufrí de una manera horrorosa, hasta llegar a pensar en el suicidio.

Tal vez porque había compañeros que exhibían demasiado sus trofeos...
Desde luego. Había alguno que iba al burdel, iba con un carné falso. Yo nunca habría hecho nada parecido.

¿Y amistades femeninas que hayan perdurado en el tiempo?
Oh, bastantes, sí, bastantes. Por ejemplo, la de la chica de «Fósforo» en *El sistema periódico*. Aún sigue siendo amiga mía. Pero la verdad es que este es un momento, desde hace dos o tres años, en el que las amistades se van disgregando.[18]

¿Por qué?
Por distintas razones. Para empezar, por mis propias razones, vicisitudes familiares, que hacen que me mueva poco, y además... hay quien muere, quien se pone enfermo, quien pierde interés por la vida... Es un capítulo que se está extinguiendo.

¿La sensación de envejecer es esto?
Sí.

¿Ver cómo se va corroyendo el ambiente que te rodea?
Sí, y es muy doloroso, muy doloroso e irreversible.

Pero tú, en conjunto, ¿te consideras una persona de naturaleza ganadora?
¡Bah! Me considero una persona que ha librado bastantes batallas. Que ha perdido algunas y ha ganado otras. Debo de tener cierta fuerza profunda, porque logré sobrevivir a Auschwitz, y esa es desde luego una gran batalla. También como químico he tenido que soportar derrotas, pero he ganado varias veces. Y luego, como escritor. Me encontré convertido en un escritor casi a mi pesar, abrí un capítulo nuevo. Se me echó encima paso a paso, primero en Italia y luego en el extranjero, esta ola de éxito que me ha desequilibrado profundamente, me ha metido en la piel de alguien que no soy yo.

¿El de escritor es el trabajo más pesado?
¿Más pesado?

Sí, esa es la pregunta.
En cuanto a sus efectos, sin duda, sí. En cuanto a esfuerzo y duración yo diría que no, porque he escrito mis libros por lo general de buen grado, con facilidad, sin sentir su peso.

¿Has sentido alguna vez el peso de una posible derrota, es decir, de no conseguirlo? Con un material tan escurridizo como la escritura, en definitiva, ¿cómo te sentiste? ¿Que tenías que escribir? ¿Que tenías que hacerlo?
Ahora es cuando siento su peso, pero antes no.
Siempre he escrito con bastante seguridad en mí mismo, entre otras cosas porque la crítica me ha apoyado, porque dejaba leer mis cosas a mis amigos, que las alababan, porque las ventas iban bien, porque el editor estaba satisfecho. Casi nunca me he sentido un escritor perdedor; al contrario, sigo todavía muy sorprendido de haber tenido éxito, de haber triunfado incluso sin echarle garra.

Como un hecho natural...
Es un fenómeno que es ajeno a mí. Yo escribo un libro, y luego el libro sigue su camino, despega, sigue itinerarios muy complejos, intrincados. *Si esto es un hombre* tiene un itinerario tan intrincado que soy incapaz de seguirlo y aún no se ha detenido. Acaba de reimprimirse en Alemania, y esta misma mañana me ha llamado por teléfono un técnico, un guionista que me propone realizar una película.

Sin embargo, según lo que has dicho antes se diría que esta nueva profesión ha distorsionado algo de ti, en ti. ¿No has sido tú mismo quien has dicho

que te sentías bifronte, al menos mientras realizaste dos oficios?
Efectivamente.

Y psicológicamente ¿eso no dio lugar a dificultades, no te generaba ambigüedades?
No ambigüedad, hibridación. Lo llevé bien, yo diría que hasta estupendamente, he de decir que me comporté como es debido durante bastantes años.

¿Cómo te las apañabas en la práctica?
Partía el tiempo en dos: estaba el momento de la fábrica en el que la literatura no tenía nada que ver, y luego el sucesivo: las cartas a las que contestaba, las noches que me pasaba escribiendo.

¿En la fábrica estabas las ocho horas?
Sí, más dos horas de viaje son diez. Trabajaba de noche. Soy muy fuerte, eso es todo.

¿Hubo algún período de bajón?
Sí, como el que acabo de contarte. Pero no en lo que a la escritura se refiere. Los he tenido en lo que atañe al trabajo en la fábrica, bajones en ese frente sí que tuve, claro.

En cualquier caso, no atañían a la escritura.
No.

No deja de ser un dato positivo, ¿verdad?
No en cuanto a lo escrito, sino al «hecho de escribir». Ahora, por ejemplo, soy incapaz de escribir, pero las cosas que he escrito no las desprecio, son sangre de mi sangre.

Dejando a un lado la situación actual, el caso es que tú, como escritor,

siempre te has visto dominando la situación.
Bajones también he tenido, los he tenido a menudo, a menudo me he dejado llevar por... pero esto, la verdad, preferiría dejarlo correr.

Y frente a esos momentos de bajón ¿cómo reaccionas?
Trato de luchar con mis medios, pero... Además, el hecho de que me preguntes por estas cosas mientras estoy en crisis me hace ver las cosas de manera diferente. En un período distinto te daría diferentes respuestas, hablaría de ello con mucho más entusiasmo.

Lo entiendo, pero no puedo dejar de notar que, pese a todo, tú siempre has ganado a la fiera.
Ahora ya me da todo igual. Te lo dije desde el principio, estas son confesiones que se han de traducir.

Sé perfectamente que esto que me dices ahora en otros momentos no me lo dirías, pero ¿no crees que esa es en cierto modo la medida de una conversación que toca las cuerdas más profundas?
Yo vivo con recelo esa inhibición mía, de la que te he hablado, que me envenenó los años de mi juventud, y que todavía me bloquea ciertas relaciones humanas.

Pero mira, y lo digo con el mayor respeto, que a veces ese límite se advierte en tus obras. Como si hubiera una especie de barrera más allá de la cual eres incapaz de ir.
No quiero ir.

Lo digo de la manera menos tortuosa: como si te faltara cordialidad.
No lo sé, no soy muy consciente.

Una suerte de resistencia...
Es indudable que la hay. Hay un rastro de eso —esto te le puedo contar sin

mayor problema— en las primeras páginas de *Si esto es un hombre*. Se alude a una mujer, una mujer a la que yo cortejaba a mi manera, poniéndola en una situación muy embarazosa porque se daba cuenta de mi extrema timidez e irresolución. Nos capturaron juntos, es más, de una manera bastante trivial. Estábamos escondidos en el Col de Joux, bajamos juntos para no sé qué misión política y se nos ofreció hospitalidad en el valle para no tener que volver a subir por la noche. Nos negamos, no recuerdo ya por qué, y subimos por la noche hasta el Col de Joux y después de cinco horas, después de una noche, nos detuvieron y yo cargué durante años con un sentimiento de culpa.

¿Por haber favorecido involuntariamente esa detención?
Además, esa mujer intentó suicidarse para no ser deportada, se cortó las venas, y después dejó que se las cosieran. En definitiva, que acarreé con el peso de esa muerte —porque acabó muriendo— hasta que conocí a mi actual esposa. Para mí era realmente una situación desesperada, estar enamorado de una persona que ya no existía, haber provocado su muerte además y eso creo que pesa... Tal vez si hubiera actuado de forma menos inhibida con ella, si hubiéramos huido juntos, si hubiéramos hecho el amor... Yo, de hacer esas cosas, era incapaz.[19]

Es una situación que viene de lejos. ¿Nunca has pensado en escribir una autobiografía?
Ya la he escrito.

No me refiero a El sistema periódico*, que es una autobiografía sui géneris. Me refiero a una autobiografía explícita, sin otros filtros que sean los de la escritura. Hablar, por ejemplo, de los fracasos de un oficio es diferente a hablar de un fracaso vivido en términos más profundos.*
En efecto, sería muy doloroso para mí.

Es ese el sentido de mi pregunta.
Como ya te he dicho, viví una adolescencia y una juventud decididamente infelices porque esa incapacidad mía para establecer una relación sentimental sólida con una chica... pero son cosas de las que es mejor no hablar.

Te entiendo perfectamente. Por otra parte, la mejor parte de tu vida es la que viene a continuación. El regreso, el matrimonio, los hijos, los libros, la escritura con su potencial terapéutico. Escribir ha sido también una cura...
Lo ha sido, pero en el caso de *Si esto es un hombre* fue muy dramática, como ya he contado. Los dos hechos convergentes, el haber empezado a escribir *Si esto es un hombre* y el haber conocido a mi actual mujer, fueron dos factores de salvación.

El encuentro con tu mujer, por ejemplo, ¿puedes contárnoslo?
Por supuesto, me apetece contarlo. Fue cuestión, diría yo, de segundos, más que de minutos. La conocía ya, era una amiga de mi hermana.

¿La conocías de antes de la deportación?
Sí, desde antes de la deportación, era una de las muchas amistades de mi hermana. Nos fuimos juntos a bailar y, en cuestión de segundos, nos dimos cuenta de un cambio profundo, repentino, la caída de esa barrera de inhibición, gracias a ella sobre todo, que me hizo hablar, que se mostró paciente conmigo, se mostró comprensiva, se mostró cariñosa y al cabo de unos cuantos minutos...

¿Dónde fuisteis a bailar? ¿Te acuerdas?
Ya no me acuerdo, probablemente a la escuela judía.

¿Y del día te acuerdas?
Sí, hay un poema en *A una hora incierta* que es el que escribí en aquella ocasión, ¿lo recuerdas?[20]

¿Es ese en el que hablas de las estrellas y del error de Dios...?
Sí, la fecha es la del poema que te digo.

¿Era de noche, de día?
Por la noche, sí.

Y fue algo repentino y sobrecogedor.
Sí, repentino y sobrecogedor.

Porque sentiste un antes y un después.
Como he contado en el capítulo «Cromo» de *El sistema periódico*.

Y te puso eufórico.
Me hizo sentir eufórico, realizado, abierto, alegre, lleno de ganas de trabajar, una doble victoria, me sentía el dueño del mundo.

Hemos dado bastantes saltos. Si te parece, volvamos un poco hacia atrás, a la fase universitaria de tus estudios, cuando había que escoger carrera.
No tuve la menor duda. Tuve ese episodio, ese fracaso en la reválida de bachillerato, a la que volví a presentarme en octubre, después de recibir clases de Umberto Cosmo.

¿Te dio clases Cosmo? ¿Qué impresión te dio dando clases particulares?
Pobrecillo, se sentía muy incómodo.

¿Ibas a su casa, al corso Mediterraneo?
A via Colli.

Eso, su hija aún vive allí. ¿Qué edad tendría para entonces?
No sé, ¿sesenta y cinco? A mí me parecía muy viejo.

¿Y quién te lo recomendó?
La propia Arici. No, no, Arici no, porque hubiera debido hacer una redacción fascista. No recuerdo qué amigo me aconsejó que fuera a ver a Cosmo. Me dio buenos consejos, me hizo hacer algunos ejercicios de práctica. El caso es que pasé sin problemas en octubre, pero no me acuerdo con qué nota.

¿Tampoco te acuerdas de la sugerencia del tema de la redacción?
No.

¿Y luego?
Luego me matriculé sin vacilar en la universidad y me gustaba muchísimo. Me gustaba mucho el ambiente, me gustaba estudiar, me gustaban los libros, estaba en mi propia salsa.

¿Los profesores estaban a la altura?
Sí, a casi todos los profesores que tenía los respetaba y ellos me estimaban a mí, pero al cabo de un año entraron en vigor las leyes raciales. Estamos en el curso 1938-1939.

Y en ese momento tuviste que...
No, la ley me permitía proseguir los estudios, por suerte para mí, y me sentí diferente, en un primer momento, pero no era yo el único judío, éramos varios. De una sesentena de matriculados éramos siete u ocho y tengo que decir que tanto los profesores como los compañeros de clase se comportaron como caballeros con nosotros, no nos lo hicieron notar ni sentirnos mal en modo alguno...

¿Nadie?
Cuando llegó la cuestión de hacer la tesis de licenciatura, sí, porque estaba prohibido aceptarnos como alumnos internos, que era como se decía entonces. Y algunos lo decían brutalmente: «Usted es judío, así que no

puedo aceptarlo». Otros te lo decían de manera más amable y uno me aceptó ilegalmente.

¿En qué sentido? ¿En el sentido de que no aparecías legalmente?
No aparecía, era como si no estuviera. Y eso que hice una segunda tesis complementaria de física que era más gruesa que la tesis, porque estuve experimentando.

¿Has conservado el boletín de notas? ¿Tuviste que hacer muchos exámenes?
Veinticinco.

¿Hubo alguno que te supusiera alguna dificultad?
¿De esos exámenes? No, no.

Nada, en definitiva, que no te gustara.
Bueno, algunas cosas más que otras. La química de los materiales de construcción me interesaba bastante poco. Lo que me atraía de verdad era la química teórica y la experimental también.

¿El hecho de no haberte quedado allí se debió a tu condición de judío?
¿En la universidad? La verdad, después tuve que buscar un trabajo, era una cuestión urgente porque mi padre estaba muy enfermo y acepté lo que encontré en Balangero y después en Wander.

¿Tu padre?
Mi padre había tenido un tumor en el intestino en el treinta y cinco, fue operado y luego tuvo una metástasis en el cuarenta y dos.

¿Mientras todavía estabas en la universidad?
En el cuarenta y dos yo ya estaba fuera. Me gradué en julio de 1941.

¿Y la tesis de licenciatura?
La tesis propiamente dicha la hice en estereoquímica con el profesor Ponzio.[21]

¿El tema lo escogió él?
Lo escogí yo.

¿Qué te atrajo en particular?
La estereoquímica precisamente, es decir, la química de las moléculas en cuanto cuerpos sólidos con una forma propia, una dinámica interna propia. He de decir que era una tesis inteligente, y de hecho obtuve el *cum laude*. La tesis complementaria era de física experimental: ya te la he mencionado.

¿Sentías estima por el profesor Ponzio? ¿O lo elegiste como director, porque tenía mejor disposición?
No, no. La tesis la había elegido porque me interesaba el tema y él me la aceptó de inmediato. Era muy inteligente. Recuerdo las palabras exactas que me dijo: «Usted es un estudiante muy brillante, pero no puedo contratarlo en el departamento». A causa de las leyes raciales.

De modo que, de no haber sido por las leyes raciales, habrías podido continuar en la universidad.
Indudablemente habría hecho una carrera universitaria.

¿El edificio era el de corso Massimo D'Azeglio?
Sí.

¿El del minarete?
Ahora ese minarete ya no existe. Fue demolido. Queda uno, el de fisiología, pero el de química lo demolieron. El minarete era una chimenea de combustión.

Y el Turín de entonces ¿cómo lo recuerdas?
Es un poco difícil. No es que me acuerde muy bien. Desde luego se caminaba mejor que ahora, también era más agradable para pasear, no había tantos coches.

¿Pero tú has vivido esta ciudad alguna vez con el deseo de estar en otro lugar, de cambiarlo todo?
Siempre han sido evasiones condicionadas. Es decir, quería viajar, pero para volver aquí.

¿Podría decirse que eres una persona sedentaria?
Sí, soy sedentario.

Todavía no hemos abordado, a estas alturas de tu vida, la cuestión de las lecturas.
¿De la escuela secundaria en adelante? Tienes la antología *La búsqueda de las raíces*... hay poco más. Bueno, mi padre traía a casa avalanchas de libros: Céline, por ejemplo, Dos Passos...

¿Céline? ¿Has dicho Céline?
Céline, sí.

Céline es como un puñetazo, ¿o no?
A mí no me gustaba ese estilo, me parecía desordenado, anarquista, pero lo leí. *La montaña mágica*...

Eso es otra cosa.
Me gustó mucho.

¿A causa de la enfermedad, la tuberculosis, el sanatorio?
Ni sí ni no. Me interesaban los razonamientos metafísicos, los razonamientos de Naphta con Settembrini. Me interesaba el ambiente, me

interesaba el personaje, a la enfermedad no le prestaba atención.

Como lector, ¿cómo eras?
Un lector con la lente, me interesaba la urdimbre de la frase. Esa pasión por la gramática de la que ya te he hablado.

Me parece que todo esto se corresponde con tu estilo «contenido». Creo que se debería hacer un estudio de este tipo sobre tus oraciones relativas.
Sería interesante.

Volviendo a Mann, La montaña mágica *era una lectura decididamente universitaria.*
Universitaria, sí. De otros, como Dos Passos, Faulkner, no me acuerdo muy bien.

¿Vittorini y Pavese no tenían nada que ver con eso?
No, los leía en las ediciones Dall'Oglio, creo.

¿Y Pavese y Vittorini?
De Vittorini no tenía nada y de Pavese tampoco.

Fueron descubrimientos posteriores.
Sí.

¿Y de quién te acuerdas entonces, como escritores, me refiero?
Bueno, leí también bastante basura. Leí a Sholem Asch y a Jack London, a Kipling. Eran lecturas casi obligatorias.

¿A Guido da Verona también? ¿O a Pitigrilli?[22]
No, eran lecturas que mi padre no llevaba de buena gana a casa.

¿Verne?
Verne, por supuesto.

Salgari no.
No, Salgari, no. De Salgari, a decir verdad, llegué a leer uno, pero no me dijo nada de especial.

Nada de lecturas prohibidas.
No. Yo no compraba libros, los compraba mi padre.

DOMINGO, 8 DE FEBRERO

¿Dónde nos habíamos quedado?

En los años de la universidad, justo después.
No recuerdo bien lo que hemos dicho ya, ni lo que aún no hemos dicho.

No importa. Ya tendremos ocasión de volver.
Mi historia empieza inmediatamente después de la licenciatura. Yo tenía una gran necesidad de ganar dinero porque mi padre estaba muy enfermo y la idea más estrafalaria que se nos ocurrió fue la de montar un laboratorio por nuestra cuenta.

De ello hablas en El sistema periódico.
No, no creo haber hablado de esto.

Creía que lo habías hecho en «Arsénico», cuando hablas del zapatero y del análisis que ha de hacerse. ¿No se trataba de ese laboratorio por cuenta propia?
Sí, pero hay un antecedente, eso que te digo ocurrió antes. Con la misma persona, con el mismo amigo Emilio de *El sistema periódico*.

¿Puede saberse su nombre completo?
Sí, se llama Alberto Salmoni, cuyo padre, en efecto, tenía el monopolio de la sangre del matadero en corso Inghilterra y disponía de un local.[23] Se nos ocurrió instalarnos allí.

¿En corso Inghilterra?
Sí, donde ahora está la SIP, la compañía telefónica, estaba en otros tiempos el matadero.

El antiguo matadero.
Sí. Instalamos un laboratorio por cuenta propia para producir a gran escala reactivos titulados, que luego acabaron haciendo otros. Era una idea alocada con los medios que teníamos, no teníamos dinero.

¿Qué son los reactivos titulados?
Son viales que contienen una cantidad precisa, pesada de forma exacta, de ácido sulfúrico por ejemplo o de soda cáustica o de permanganato o de cualquier otra cosa.

¿Para distintas aplicaciones?
Para uso analítico, se utilizan en otros laboratorios, sirven para titular, es decir, para establecer el título de otras sustancias. Pero el asunto duró muy poco tiempo...

¿Alberto Salmoni —discúlpame si de vez en cuando te interrumpo— era compañero tuyo de clase?
Sí, era compañero mío de colegio, compañero mío de clase, compañero de larga trayectoria, porque sigue siendo amigo mío, incluso ahora.

¿Os conocisteis en la universidad o en el Liceo D'Azeglio?
Nos conocimos en un autobús que volvía de Sestriere, donde había un chico muy guapo que cantaba muy bien y que más tarde me di cuenta de que era

él. Pero yo no sabía que era judío. En un examen más atento, resulta que tiene que ver con *shalom*, que significa paz, en esencia quiere decir Salomon, es una abreviatura de Salomon. No sabía que era judío, no tenía nada de judío en su aspecto físico, ni en su forma de actuar. Era un chico muy guapo y sigue siendo un hombre apuesto, tanto era así que —a modo de inciso— cuando llegaron las leyes raciales me preguntó: «¿Y tú cómo piensas apañártelas?». Yo me sentí muy irritado porque pensé que su pregunta era impertinente: «Ya me las apañaré, compóntelas tú, so ario». Y él me dijo: «No, yo también soy judío». Pues bien, ese laboratorio no duró mucho porque recibí la propuesta de trabajo en Balangero,[24] como he contado en «Níquel».

¿Fue solo una idea o llegasteis a montar de verdad el laboratorio?
No, llegamos realmente a equiparlo de forma rudimentaria, a la buena de Dios, en el interior del matadero. Era un local absolutamente repulsivo.

¿Y cuánto duró?
Duró como mucho un mes.

Muy poco, en efecto. ¿Puedes decirme el año con exactitud?
El otoño de mi licenciatura, es decir, el cuarenta y uno.

¿Repulsivo dices?
Sí, especialmente ese local. Todo el matadero era repulsivo, y ese local en particular porque estaba lleno de sangre, sangre coagulada. He hablado de ello a propósito del estaño en *El sistema periódico*, al describir al padre de Alberto. Estaba al abrigo de su padre, quien puso generosamente a nuestra disposición uno de esos locales.

¿Él a qué se dedicó después?
¿Su padre?

No, Alberto Salmoni.
Ha cambiado varias veces de oficio. Ahora ya no hace nada, bueno, es dueño incluso de una tienda de papelería, pero en realidad está jubilado.

Ese fue, por lo tanto, el primer proyecto, puesto en práctica al menos por un período muy corto.
Sí.

¿Fantaseaste alguna vez con otras cosas, en tu cabeza tenías ya pensado algo distinto?
La verdad, pensé que una cosa llevaría a otra, empecemos poniendo un laboratorio pequeñito, luego ya veremos lo que se puede hacer, aparte de lo que te he dicho, es decir, reactivos para los análisis, preparaciones por cuenta de terceros. En tiempos de guerra se hacían cosas como estas. Se carecía de muchas materias primas y se planteaba la oportunidad de hacer síntesis, lo que luego se hizo inmediatamente después de la guerra.

¿Alguna vez pensaste en poner en marcha una actividad más ambiciosa?
Verás, en esas condiciones, con la guerra en marcha, con las leyes raciales vigentes, era una economía de supervivencia, se pensaba en el día a día. Los más previsores pensaban que las cosas irían mal de todos modos para los judíos en Italia, tanto en caso de derrota como de victoria alemana. Estábamos metidos en serios problemas, por lo que se vivía en una situación extremadamente precaria.

Que no consentía ni sueños ni proyectos.
No, nada de proyectos. Se mascaba la tragedia en el aire, qué clase de tragedia aún no se sabía, no se sabía cómo acabarían yendo las cosas. Lo que no quita para que, en realidad, tras ese breve paréntesis, no me fuera mal en Balangero, todo lo contrario, estaba muy bien porque el trabajo me gustaba.

La propuesta de trabajar en Balangero ¿de dónde salió?
De Ennio Mariotti,[25] que murió hace cinco o seis años.

¿Quién era, a qué se dedicaba?
Era teniente del ejército, de familia antifascista. Su padre la había emprendido a escopetazos contra los fascistas en Florencia. Era florentino, un hombre muy inteligente y muy enérgico que cumplía su servicio militar con mucha repugnancia y que, en relación conmigo, era muy autoritario. Tanto era así que la mía fue una especie de rebelión. Encontré «mi» manera de aislar el níquel y él tuvo que tragar bilis, porque, como resultado de ese, llamémoslo así, pequeño descubrimiento mío, me mandaron a Génova, a Cornigliano más bien, donde había un laboratorio militar, naturalmente de forma semiclandestina por el hecho de que yo era judío, para experimentar otros métodos de enriquecimiento de ese material, para perfeccionar el método y cosas así.

¿Estuviste allí mucho tiempo?
Estuve cosa de dos meses en Cornigliano y llegué a patentar el método por mi cuenta, algo bastante poco correcto, pero —como te decía— eran años trágicos y yo pensé que tener una patente a mi propio nombre era un título que podía servirme si tenía que huir a Suiza o a cualquier otro lugar.

¿Y vivías en Cornigliano?
Estuve viviendo en Génova, tenía parientes en Génova, y trabajaba en Cornigliano.

De modo que viviste allí durante un período, que coincidió con tu estancia en Balangero.
Fue el final, después de Balangero.

¿Ya había terminado tu relación con Balangero?
No, el encargo provenía de Balangero.

¿Y después de eso?
Luego volví a Balangero y la historia del níquel se acabó. Como ya he dicho, había yacimientos de níquel más abundantes en otros lugares y ya no valía la pena seguir adelante con la investigación. Entre paréntesis, la historia no ha terminado. Dependiendo del mercado de níquel, hay quien sigue yendo a excavar a Balangero y ensaya métodos refinados para extraer el níquel a partir de este material tan pobre.

¿Con éxito?
Por ahora, no.

¿Clandestinamente?
Clandestinamente. Son aficionados, químicos que actúan por su cuenta. La gran industria nunca ha estado interesada, que yo sepa, pero sigue siendo un foco de atracción porque el material ya está desmenuzado, por lo que el grueso del trabajo de molienda ya está hecho.

¿Y tú crees que esa investigación todavía puede dar sus frutos hoy en día?
Todo depende del precio internacional del níquel. Si se diera un *boom* del níquel podría valer la pena hacerlo, volver a intentarlo.

¿Todo esto se basa en los imponderables del mercado o hay ya cierta tendencia en curso?
No se puede saber. De vez en cuando me llegan rumores de que a alguien le gustaría venir a hablar conmigo para reanudar esa vieja idea que he descrito. No es algo totalmente muerto.

¿Volvemos a Ennio Mariotti?
Sí, verás, él tomó como algo poco correcto por mi parte el que hubiera patentado el método en mi propio nombre y no como de las canteras de Balangero.

¿Pero tú llegaste a patentarlo de verdad?
Sí, sí.

¿Cuánto tiempo duró la experiencia de Balangero?
Duró alrededor de seis meses.

¿Tuviste alguna relación más que recuerdes en particular?
Con el director también, lo recuerdo muy bien. Era joven, con mucha energía, recién casado con una tunecina de piel clara, una tunecina francesa, y fue muy afectuoso conmigo y era consciente de mi condición, sobre todo después de la muerte de mi padre, que tuvo lugar mientras yo estaba en Balangero, en marzo de 1942. Me invitaba a jugar al ajedrez en su casa. Éramos bastante amigos, la verdad.

Breve inciso. ¿Al ajedrez cuándo empezaste a jugar?
Oh, hace mucho tiempo, con mi padre. Fue mi padre el que me enseñó. Al principio ganaba él, luego empecé a ganar yo, como suele ocurrir. No porque yo jugara mejor que él, sino porque la edad conlleva más atención, más memoria... Igual que mi hijo me gana a mí ahora.

¿El director cómo se llamaba?
Marchioli.

¿No te acuerdas de su nombre?
No.

¿Es una persona localizable?
No, murió hace unos años también.

¿Vivía en Turín?
No, siempre vivió en Balangero, se convirtió en director general de las

canteras. No, ya no vivía en Balangero, se marchó a Ispra, no recuerdo por qué razón.

En todo caso tú vivías allí en un estado de semiclandestinidad, ¿no?
Sí.

¿Y eso qué significaba? ¿Vivías allí, tenías una habitación para ti?
Sí, tenía una pequeña habitación, iba a comer con una familia de obreros, gente muy amable todos.

¿Que sabían de tu condición?
Se la habían imaginado.

¿Sin tener que hablar de ello?
Como ya he escrito, tenía incluso una chica ayudante mía que era la hija de un jerarca fascista. El propio jerarca me invitaba a comer.

¿Cosas que solo pueden ocurrir en un país como el nuestro?
En Italia, en general, y en las canteras de San Vittore, en particular, porque era una especie de república, un lugar aislado a cinco kilómetros de la llanura.

Un sitio fascinante incluso, lo recuerdo a la derecha yendo hacia Lanzo.
Fascinante también como sitio, es verdad. Ahora ya no lo es, ahora ese cono que describí fue derrumbado, una de sus paredes ya no existe. Hay una enorme plataforma y dado que se ha podido determinar, entre tanto, que el amianto es perjudicial, o por lo menos peligroso, todo el trabajo está automatizado, ha cambiado por completo.

Tanto es así que —según me decías— cuando vino la BBC no querían ir allí, pusieron muchas pegas.
Sí.

No puede decirse, por lo demás, que entablaras verdaderas amistades.
No, nada de amistades, no quería.

¿Debido a tu condición clandestina?
A fin de cuentas, amistades ¿con quién? Yo era el único químico. El teniente Mariotti subía una vez a la semana, yo estaba bastante aislado.

¿La cantera dependía del ejército?
La cantera dependía de un ente llamado Cogefag, Comisariado General para la Fabricación de Guerra. Se consideraba que el amianto era un material de interés estratégico, bélico, de modo que había un inspector militar que subía a vernos de vez en cuando y no hacía daño a nadie.

¿Y cuánto duró, nos decías?, ¿seis meses?
Sí, de enero a julio del cuarenta y dos, incluyendo los dos meses de Cornigliano, que tal vez no fueran dos, tal vez fuera uno solo.

¿Y luego?
Y luego recibí una llamada de Milán. Dos cosas. Una, como ya te he dicho, la historia del níquel no había llegado a puerto, me ofrecieron permanecer allí de todas formas para otros trabajos, pero yo había recibido esa oferta de Milán, y además era de la empresa Wander, la que hace el Ovaltine, y yo la acepté de inmediato, entre otras cosas porque tenía parientes en Milán que me podían alojar.

También el poema «Crescenzago». ¿Reconstruimos el conjunto del grupo? Sé que era gente de tu edad.
Sí, éramos más o menos de la misma edad. Hubo una prima mía, más exactamente una prima de mi madre, que vivía con su madre en el centro de Milán y me alquiló una habitación.

¿E ibas de Milán a Crescenzago?
Yo iba en tranvía o en bicicleta desde Milán hasta Crescenzago.

¿Cuáles son tus recuerdos de aquella época?
Muy buenos, fueron años extremadamente fructíferos. Éramos siete amigos. [26]

¿Puedes detallárnoslos?
Puedo hacerte una lista, por supuesto: Carla Consonni, Silvio Ortona, Emilio Diena, el arquitecto Eugenio Gentili, la ya mencionada Vanda Maestro que fue deportada conmigo y murió, la chica a la que se alude vagamente en *Si esto es un hombre*, la prima con la que me alojaba, que murió el año pasado de alzhéimer, y por último yo mismo, con lo que ya tenemos los siete. Y pasábamos algunas veladas muy agradables juntos cantando; cantando canciones de distintos orígenes, organizando cenas clandestinas con productos del mercado negro.

Tú como cantante, ¿qué tal eres?
Pésimo.

Pero no dejabas de cantar llegado el caso.
Cantaba, desde luego. Teníamos nuestro propio repertorio, nos pasábamos la noche cantando.

¿Un repertorio de qué tipo?
Canciones valdenses, canciones judías, canciones francesas.

¿Podrías mencionar algunas de ellas?
Canciones de montaña sobre todo, puedo citar muchas. Pero nada de intentarlo.

No te pido que las cantes.
No tienen título.

¿Las palabras de arranque de alguna?
Il n'avait qu'une fille, Enfants de la mort laissez-vous conduire. Eran canciones de origen francés, porque Silvio Ortona tenía muchos amigos franceses y le habían enseñado bastantes canciones francesas.

¿Quién era el líder del grupo?
Yo diría que el liderazgo nos lo disputábamos entre Silvio Ortona y yo. Silvio Ortona era más maduro políticamente, yo era más versátil y por aquel entonces llegué incluso a escribir algo que nunca he confesado. Escribí una historia que nunca llegué a terminar, de un hombre que vivía fuera del tiempo, penetraba en el tiempo, era arrastrado por el tiempo. La he conservado, pero se quedó inédita y seguirá inédita.

¿Y qué extensión tiene?
Veinte páginas.

¿No has pensado nunca en retomarla?
No, es una historia absolutamente pueril, muy formalista. No está mal escrito, pero es formalista.

No la sientes como tuya, en definitiva; estilísticamente no te satisface.
No, se resiente mucho de la época de *La montaña mágica*, se resiente de tanta montaña, porque en esa época, ¿no te lo he dicho?, éramos unos fanáticos de la montaña, todos nosotros y todas nosotras también. Hicimos algunas cosas que daban miedo...

¿Desde Milán a dónde ibais?
Íbamos desde Milán en bicicleta los sábados por la noche al Grigna.

Sí, ya has hablado de eso.
Son cincuenta kilómetros. Nos poníamos en camino como si nada el sábado por la noche hasta Ballabio, creo, y luego subíamos hasta el refugio-albergue Carlo Porta. Dormíamos en el refugio, y luego al día siguiente subíamos a las cimas Grigne que son todo un reto. Tengo un agujero en la cabeza y todavía se me nota.

¿Puedo tocarlo?
¿No notas que hay una especie de hundimiento en la caja craneana? Fue una piedra que me lanzaron a la cabeza.

Es decir, alguien que te estaba...
Otra cordada, fue otra cordada la que me lanzó una piedra, que casi me hunde la caja craneana.

Quizá ya me lo hayas contado. Que tuviste que apañártelas de cualquier manera después porque la herida sangraba mucho.
Sangraba muchísimo, es posible que te lo haya contado. Me entraba la sangre por dentro de la ropa y me salía por los pantalones, sangraba mucho. Pero de todas formas volví a Milán en bicicleta, me la tamponé como pude. Es curioso, pero en un solo día, sábado y domingo, me hice todas las cicatrices que tengo. Esta que ves, este callo de aquí... Resulta que para subir a Ballabio había puesto un piñón fijo que era muy rígido y pedaleaba con el piñón rígido. Luego pasó una camioneta y yo me agarré a la camioneta, olvidándome de que los pedales seguían moviéndose. Salí disparado de la bicicleta y acabé contra un muro y me desgarré todo el pulgar. Al día siguiente ocurrió lo de la piedra.

Eras un poco temerario, de todas formas.
Sí, era un poco temerario.

Como ya me has contado, cometías bastantes imprudencias.
Sí, bastantes imprudencias.

¿Sin embargo, liderazgo e imprudencias te ayudaron también a superar la timidez o no?
En cierto modo sí, pero solo en cierto sentido, puesto que esa timidez mía con las chicas se mantuvo, continuaba. Sí, hubo un tímido flirteo entre Vanda Maestro y yo, que desembocó en nuestra captura simultánea, de la que ya te he hablado

Fueron en todo caso años fructíferos.
Años fructíferos, entre otras cosas porque abarcan el 25 de julio, abarcan a Badoglio.[27] El 25 de julio cada uno escogió su propio camino. He de decir que yo entendía muy poco de política y aún sigo entendiendo menos, soy un pésimo político, pero había optado por el Partido de Acción y me consideraba un miembro del Partido de Acción. Nunca hubo una afiliación propiamente dicha, llevaba prensa...

Como partido nació después.
Después nació como partido.

Y murió también muy pronto.
Sí, también murió pronto, pero se llamaba ya entonces Partido de Acción.

¿Y Silvio Ortona?
Silvio Ortona siguió siendo comunista y todavía lo es. Todos los demás eran del Partido de Acción.

¿Pero vosotros hablabais de política o no hablabais, o solo de vez en cuando?
Mira, la cosa estalló con Badoglio y duró poquísimo, duró cuarenta y cinco días que nosotros empleamos del modo que menos podrías esperarte, es

decir, yéndonos todos a Cogne de vacaciones, despreocupándonos de lo que estaba a punto de ocurrir o era obvio que iba a ocurrir, pero nos habían contado que había divisiones italianas en el paso del Brennero que servirían de dique y que los alemanes no podrían pasar. Y nosotros nos lo creímos e hicimos algunas excursiones bastante temerarias en Cogne, durante una de las cuales Silvio Ortona salió despedido y se partió los incisivos. Fue un vuelo de quince metros.

Un asunto serio.
Un asunto serio, se salvó de milagro, se salvó en una pequeña repisa.

Sigue pareciéndome increíble que se pudiera creer en lo increíble.
Es típico. Pero fue Italia entera, no solo nosotros. Italia entera estaba en las mismas condiciones. Se produjo un gran jolgorio el 25 de julio y también el 8 de septiembre, el día del armisticio con los aliados, todo el mundo se echó a las calles a gritar «Viva» por un día.

Y vosotros os pasasteis así todo aquel período.
Los cuarenta y cinco días de Badoglio de la forma más despreocupada, pero no solo nosotros. Todos los *kurort*[28] de Italia estaban llenos, aunque estuviéramos en guerra, aunque la amenaza —visto en retrospectiva— fuera obvia y también inminente.

El de Milán fue también un período denso de lecturas, me dijiste una vez.
Sí, pero si tuviera que decir lo que leí entonces ya no lo recuerdo. Tal vez leyera *Los Buddenbrook*, pero no lo recuerdo bien. Y, además, no es que leyéramos tanto. Estábamos muy ocupados en esa complicada amistad.

De todos modos, fue entonces cuando escribiste tus primeras cosas, aparte de los dos cuentos que habías escrito antes y que acabaste metiendo en El sistema periódico. *Relatos que, si no me equivoco, se remontan a la época*

de Balangero.
Sí... Verás, respecto a eso, sin embargo, debo hacer una confesión.

¿Quieres grabarla o lo apago?
Como quieras... es que eso es falso, no es verdad que escribí esos relatos...

¿Qué quieres decir?
Que los escribí después, y fue más tarde cuando se me ocurrió atribuirlos a ese período.

No me parece muy grave. Me parece legítimo en el ejercicio de la ficción. Y, además, en esos relatos hay una escritura que induce a pensar en una situación de apuro, en cierta impericia.
Que está simulada.

Exactamente. En literatura es legítimo hacer pasar como verdadera una simulación.
Eso es, hacerlas pasar; esas dos historias las feché retroactivamente. Y escribí también ese poema, «Crescenzago», que es típicamente infantil.

¿Ese sí lo escribiste realmente en la época de Milán?
Sí, ese sí, realmente.

Pues entonces, contéstame solo si quieres, ¿por qué crees que la denuncia de esto que juzgas una falsificación es tan reprochable?
Por analogía. Porque se lo dije a todo el mundo, y lo escribí.

¿Pero no será esto el resultado de un agudísimo superego?
Es posible. En cualquier caso, esos dos relatos no los escribí junto a los de *El sistema periódico*, los escribí por separado y luego los introduje catalogándolos como «Mercurio» y «Plomo».

¿En tu época milanesa escribiste solo «Crescenzago» o algo más?
Sí, no escribí ningún otro poema.

¿Y concebiste algún otro proyecto de escritura?
Lo que te he contado, ese relato que empecé y no terminé, que nunca más retomé.

¿También tus amigos se ejercitaban?
Mis amigos también escribían, esa es la verdad. Silvio Ortona escribía un tratado de filosofía, Eugenio Gentili escribía lo que llamaba una antinovela, mi prima Ada Della Torre, antes no te dije su nombre...

Ya me lo dijiste cuando escribí tu retrato crítico para la revista Belfagor...
Sí, escribía poesía y trabajaba para la editorial Dall'Oglio. De modo que yo estaba bastante inmerso en un entorno literario y parecía obligatorio escribir algo.

De modo que no fue un impulso interior, una urgencia tuya.
No, fue por imitación.

Entre otras cosas porque la tentación de escribir ya la habrías tenido. ¿Nunca lo intentaste en el instituto, nunca probaste?
No, nunca.

Este período del que me estás hablando ¿cuánto tiempo duró? ¿Estuviste en Balangero hasta junio de 1942?
Sí, y en Milán hasta la catástrofe, hasta el 8 de septiembre de 1943.

¿Y el 8 de septiembre estabas en Cogne?
No, no, ya estaba en Milán.

¿Cómo era el ambiente de trabajo en Wander?
Puedo añadir poco a lo que escribí en el capítulo «Fósforo», es más, creo haber hablado ya lo suficiente. Era un ambiente muy aséptico, allí estaba esa querida amiga que conservo, y que está —eso no lo escribí— gravemente discapacitada, siempre lo ha estado, nació así, pero ha vivido una vida plena de todas formas.

Supongo que también por esa razón te interesaste por la chica que vive en un pulmón de acero, ¿cómo se llama?
¿Rosanna Benzi? No, fue ella quien se puso en contacto conmigo. Es un caso realmente único.[29]

Decías que todo eso duró hasta el 8 de septiembre. ¿Y luego?
Inmediatamente, quiero decir con la llegada de los alemanes a Milán, el 10 de septiembre, me parece, volví aquí donde mi familia había sido evacuada a Superga. Mi abuelo poseía una granja, casi medio monasterio, y toda mi enorme familia había acampado allí. Nos volvimos a reunir, pensamos en lo que nos convenía hacer y decidimos, mi madre, mi hermana y yo, ir al Valle de Aosta, donde teníamos conocidos y desde el Valle de Aosta —desde Saint-Vincent— nos recomendaron una posada perdida en el Col de Joux, que aún existe, pero ahora hay incluso una carretera que llega hasta allí, que entonces no existía, había que recorrer mil metros de desnivel, y nos alojamos allí, mi madre, mi hermana y yo, en esa posada en espera de los acontecimientos. Y después empezaron a llegar soldados desde todas partes. Entre estos estaba un casi compañero mío de clase, un año más joven que yo.

¿En el D'Azeglio o en la universidad?
En el D'Azeglio. Hicimos como si no nos conociéramos durante cierto tiempo pero luego, como esa comedia de no reconocernos era una estupidez, nació la idea de declararnos partisanos, pero todo era de lo más precario, de lo más zafio, de lo más primitivo, no teníamos contactos.

Teníamos la convicción de que había que hacer algo, tomar las armas, pero el caso era que no teníamos armas. Entramos en contacto con otros chicos y reunimos alrededor de nosotros a un grupo de una docena de ellos, tan inexpertos como nosotros. Solo había uno que tenía algo de experiencia militar.

¿Qué clase de chicos?
De los que tenían que haberse presentado al alistamiento y no se habían presentado, uno era judío.

¿Y dónde los encontrasteis?
Fueron ellos los que vinieron; subían a la posada, se acercaban hasta allí en busca de refugio.

¿Cómo se llamaba el sitio?
Se llamaba Amay. No es un hotel, es un grupo de cinco casas.

¿Todavía existe y has vuelto por allí?
Sí.

Bueno, me estabas hablando de los chicos que subían hasta allí en busca de una solución.
Con una vaga idea ellos también de armarse y resistir. Algunos llevaban pistola; después nos hicimos también con una ametralladora, no me acuerdo de quién la trajo. Todo era extremadamente vago.

Aunque fuera de forma confusa, queríais montar un pequeño grupo partisano.
Sí.

¿Y no buscasteis contactos para uniros a algún otro?
Sí, sí, empezamos a buscarlos, y casi los habíamos encontrado. Pero lo que

ocurrió después fue que en el valle de al lado, el Val d'Ayas, había una enorme banda, bien formada, que asaltó el cuartel de Ivrea, haciendo prisioneros y matando incluso a alguien, creo, y el resultado fue una represalia a gran escala. Trescientos soldados salieron de Ivrea y realizaron un movimiento envolvente. Llegaron hasta Saint-Vincent y nos encontraron a nosotros también.

¿Os encontraron completamente indefensos?
Absolutamente indefensos.

¿Fue de día, de noche?
De madrugada.

¿Estabais en la cama?
Estábamos en la cama.

¿Y qué ocurrió?
Ocurrió que capturaron a algunos. Otros lograron escapar, avisados a tiempo. Yo estaba en la cama, tenía una pistola que no encontraron. Me llevaron a Aosta y en Aosta me interrogaron sobre qué estaba haciendo allí, qué había ido a hacer allí y yo les dije que era judío. Se lo dije estúpidamente.

¿Qué te empujó a hacerlo?
Es difícil de reconstruir. En parte porque tenía documentos falsos, tan falsos que...

¿No aguantaste?
Y además fueron ellos mismos —los fascistas, no los alemanes— los que me decían: «Si eres un partisano, te fusilamos, pero si eres judío te mandamos a Carpi, donde hay un campo de acogida y te quedarás allí hasta el final de la guerra». Y además por estupidez, por ceguera, pero como te he

dicho, visto en perspectiva... Yo creía que el Gobierno de Salò era un Gobierno estable, sin interferencia de los alemanes... Predecir el futuro... Y además contó también cierto orgullo.

Precisamente eso quería preguntarte. ¿Actuó en ti también cierto sentido de pertenencia?
También nosotros, cuando es necesario, sabemos, queremos defendernos. Además, hubiera tenido que inventarme un departamento militar al que se suponía que estaba destinado y no sabía cómo encontrarlo. Yo estaba en edad militar, me hallaba en un contexto militar, ¿por qué no estaba en el ejército? Había una razón.

¿Por qué no estabas en el ejército?
Porque estaban vigentes las leyes raciales.

¿Cuánto tiempo te retuvieron en Aosta?
Estuve allí desde el 13 de diciembre, cuando me capturaron, hasta la deportación, que puede encontrarse en mis libros. Creo que fue el 22 de febrero.

¿Sin moverte de Aosta?
No, no, permanecí en Aosta alrededor de un mes, en cuarteles, en los sótanos de la prisión.

Haría mucho frío.
Sí, hacía frío.

¿Tuviste una atención adecuada?
La del sistema penitenciario; nos traían la sopa a mediodía y por la tarde, la hora de tomar el aire, el retrete.

¿Una celda para cada uno o todos juntos?
Al principio estuvimos unos días juntos, luego nos separaron.

¿Estuviste en aislamiento?
Aislado, sí.

¿Crees que lo hicieron para evitar que te comunicaras con alguien?
Sí, esa es la explicación.

Y luego, al cabo de un mes, fuiste trasladado a Fossoli. ¿Cómo llegaste hasta allí?
En tren. Intenté sobornar a un carabinero. Nos habían confiado a los carabineros para el transporte, traté de corromper a uno y no tuve éxito.

¿Te rechazó de malos modos?
Qué va, vaciló, y luego dijo que no, que no se fiaba.

¿Las relaciones con los guardianes del campo qué tal eran?
Digamos que correctas, hacían la vista gorda con un montón de cosas, incluso acompañaron a algunos de nosotros que necesitaban atención dental a Módena. Era un régimen correcto y todo hacía pensar que podría durar efectivamente hasta el final de la guerra. En cambio, poco antes de la deportación, es decir, a mediados de febrero, llegaron las SS que echaron a los italianos de la dirección del campo y, al cabo de unos días, nos embarcaron.

¿Cómo estaba montado el campo, desde un punto de vista logístico?
Existe todavía. Había barracones de mampostería bastante higiénicos, con una cocina central, el tiempo era bueno.

¿Ocupaba una gran extensión?
No, no, una extensión de medio kilómetro cuadrado, era un antiguo campo

de prisioneros de guerra ingleses.

¿Y qué cometidos tenías? ¿Hacías algo o no?
No.

¿La organización se basaba en el voluntariado? ¿La limpieza, la cocina?
Sí, había voluntarios para cocinas, para la limpieza. Yo me encargué a veces de la limpieza, creo.

¿Y el resto del tiempo?
Nada.

¿Nada literalmente? ¿Ni siquiera circulaban libros?
Sí... Ah, no, se me olvidaba, yo hacía de maestro, enseñaba Italiano, Latín y Matemáticas a los niños.

¿Y siempre hiciste eso? ¿Llevabas una especie de colegio?
Un colegio muy modesto.

¿Erais más de uno los que hacíais eso o eras tú solo?
Éramos dos o tres.

¿Ese sistema de enseñanza lo habíais organizado vosotros para compensar la falta de instrucción?
Sí, todo esto precisamente en la ilusión de que la cosa duraría.

Y los libros, los cuadernos, ¿los encontrasteis al azar o había posibilidad de obtenerlos?
Podían hacerse pedidos, se podían hacer directamente desde la prisión, se podían pedir a Módena.

¿Hubo alguien que fuera capaz de sentar las bases para una fuga?
De Fossoli no se escapó nadie. Se pensaba que no había necesidad y además éramos todos burgueses. Hacía falta un fuerte espíritu de aventura, pero no creo que fuera imposible fugarse. Estábamos todos, o casi todos, con las familias. Huir solo, dejando atrás a amigos o parientes, parecía una cosa... Pero me temo que he de atribuir a las numerosas cosas equivocadas el no haber tratado de escapar.

¿Para ir a dónde?
Bueno, eso no hubiera sido el auténtico problema. Una vez fuera uno podía ir a Módena, ir a ver a un sacerdote, buscar un contacto.

Para hablar de relaciones interpersonales, ¿en Fossoli conociste a alguien?
A unos judíos croatas muy simpáticos, muy valientes y muy clarividentes que nos dijeron: «De aquí no sale nadie».

Tú de Fossoli nunca has hablado mucho en lo que has escrito.
Tengo ciertos reparos... tengo ciertos reparos.

Has hablado más del campo de concentración que de Fossoli.
Claro, tengo ciertos reparos. Y, además, está esa mujer de la que te hablaba.

Si te parece, demos un salto cuántico. Intentemos hablar de después del campo de concentración, tratemos de retomar el tema del empleo, del trabajo.
Lo que es trabajo, después, lo encontré bastante pronto en Montecatini, en Duco Avigliana que pertenecía a Montecatini. Y era muy desagradable. Era un enorme edificio medio derrumbado, lleno de corrientes de aire, donde nadie se preocupaba por mí, hasta el episodio de «Cromo».

¿Tú qué puesto tenías allí?
Era químico de laboratorio.

Ya has hablado de eso, de que tomabas el tren...
Sí, a veces iba en bicicleta. Mientras estaba en Avigliana me comprometí.

Y esa es la parte buena de esa época. Pero en Duco ¿cuánto tiempo estuviste?
Desde febrero del cuarenta y seis a junio del cuarenta y siete.

¿Y qué te impulsó a dejarlo?
¿Que qué me impulsó a dejarlo? La locura, es decir, una nueva propuesta de Alberto Salmoni para trabajar juntos. Eso también fue un error. No puedo decir que fuera un error, porque si me hubiera quedado en la Duco me habrían trasladado a Codogno, habría hecho toda una carrera horrible en Montecatini, en Montedison, hubiera tenido que establecerme en Codogno y no habría aceptado ese empleo en Siva, que fue providencial.

Siempre es difícil juzgar un error de valoración.
Eso fue lo que pasó.

¿La nueva experiencia con Salmoni se había planteado un poco mejor que la anterior?
Un poco mejor, sí, algo pudimos ganar, algo hicimos.

¿Y el local dónde estaba esta vez?
En via Massena 43... no, era en el lado de los pares, era el 42.

¿Cuántas habitaciones? ¿Alojamiento?
Una habitación y un balcón, además de invadir las otras habitaciones cuando era necesario.

¿Y en cuanto al equipo? ¿Os lo repartisteis a medias? ¿Tú pusiste tu parte?
Yo no tenía nada, tenía un sueldo. Lo puso todo Alberto Salmoni y con el sueldo no me alcanzaba, así que cuando me llegó la propuesta de pasar a Siva acepté de inmediato.

Creía que habías formado una sociedad.
Yo no tenía dinero.

Y él después, ¿qué hizo? ¿Cerró?
Tuvo que cerrar, efectivamente. Tiró como pudo unos meses más y después encontró él también un trabajo.

¿El empleo en Siva quién te lo ofreció?
Con Siva hizo de intermediario el padre de un amigo mío, el ingeniero Norzi, que era amigo del dueño de Siva.

El propietario de Siva es...
Federico Accati, que estaba buscando a un joven químico e inmediatamente me dio el empleo.

¿Pasaste enseguida a ser el director?
No, entré como el último mono: químico de laboratorio.

¿Y eso cuándo sucedió?
Sucedió en el cuarenta y siete, no, en febrero del cuarenta y ocho.

Así fue como empezaste a ir a Settimo...
No, en esa época la empresa estaba en Turín, estaba en corso Regina.

¿A qué altura?
Cerca de donde se dispara, en el extremo oeste, en el Martinetto. Siva

permaneció allí hasta el año cincuenta y cinco, después se trasladó a Settimo y yo con ella.

¿A esas alturas ya habías progresado profesionalmente?
Ya era director técnico, mi predecesor había muerto.

¿Cuál era su nombre?
Osvaldo Gianotti, era un viejo perito químico. Era tan viejo como yo en este momento, me parecía muy viejo.

De modo que te convertiste en director técnico. ¿Cuál es la diferencia entre un director técnico y un director —me imagino— administrativo?
Bueno, luego está el director general. Director técnico significa más o menos el responsable de la producción.

¿En director general te convertiste en qué año?
En el sesenta y uno.

Y seguiste siéndolo hasta tu jubilación.
En el setenta y cinco me retiré y seguí dos años más como consultor.

Cuando en el cincuenta y cinco la fábrica se traslada a Settimo, ¿tú cómo ibas hasta allí? Hay un poema, «Via Cigna», que habla de eso.[30]
Siempre fui en coche, ni una sola vez utilicé los medios de transporte públicos.

¿Qué coche tenías? Me refiero a tu primer coche...
El primer coche fue un utilitario familiar Fiat, luego tuve un Appia, luego tuve un Fulvia, luego tuve un Autobianchi.

Nunca de grandes cilindradas, al parecer.
No, la máxima fue la del Fulvia.

Toda una vida pasada en la fábrica.
Treinta años, desde el cuarenta y siete hasta el setenta y siete.

Son los años centrales de tu madurez. ¿Y en cuanto a recuerdos de allí? En parte ya los has incluido en tus relatos, pero si tuvieras que dar la idea de un día típico...
Llegaba allí, hacía un recorrido por todos los departamentos para ver si todo iba bien...

Ah, eso, disculpa la interrupción, ¿siempre has sido madrugador?
Sí.

¿Te levantabas de buen grado?
Era un hábito el de ser un madrugador. A las ocho tenía que estar allí, en Settimo.

Decías que a las ocho arrancaba la jornada laboral.
Hacía una ronda por los departamentos, me contaban lo que había pasado por la noche, porque se trabajaba por turnos también nocturnos, y luego echaba un vistazo al correo y contestaba a las cartas, recibía a los representantes. Comía allí mismo, había una cantina. Cosas muy distintas, problemas de todo tipo. A menudo me pasaba el día en el laboratorio, porque nunca abandoné del todo el laboratorio, para formular barnices nuevos.

¿Tienes tendencia a confiar en el trabajo de los demás?
Me fiaba bastante poco del trabajo de los demás, por lo menos al principio. Luego, en el sesenta y cinco, contratamos a otro químico más joven que yo y por lo tanto más al día que yo y ya delegaba en él muchas cosas. En ese ínterin hice muchísimos viajes, al principio con el dueño en coche, era un fanático de los coches de grandes cilindradas.

¿Sentías un poco de miedo?
No, no, conducía muy bien. Viajes en su mayor parte a Alemania, pero también a España, llegamos incluso a Noruega, todos en coche, en los que yo hacía de intérprete y de secretario, porque tenía que hablar en alemán y en inglés. Son recuerdos bastante agradables. El dueño, con quien en la fábrica tenía una relación puramente laboral, en los viajes se volvía de lo más gregario, compañero, amable, incluso condescendiente, hasta el extremo de que en ocasiones me concedió algunas desviaciones, por ejemplo a Frankfurt, para ir a hablar con el editor de *Si esto es un hombre*.

¿Y él apreciaba tu faceta de escritor?
Sí, pero en silencio, hablaba muy poco de ello.

¿Tal vez porque temiera colocarte en una situación embarazosa?
Instintivamente mantenía separadas las dos cosas: tú eres un químico, así que dedícate a la química, mi tiempo yo te lo pago.

Luego, cuando volvías, se reanudaba la relación habitual.
Sí.

No se volvió más amigable.
Un poco quizá.

¿Los viajes a la URSS los hiciste con él?
En las últimas fases hice varios viajes también yo solo, tanto a Alemania como a Rusia. Iba con una intérprete-secretaria, también amiga mía, muy eficiente, quien manejaba las relaciones diplomáticas, llamémoslas así, con los rusos.

Alemania, Inglaterra, Noruega, URSS...
A Alemania fui muchas veces, veinte por lo menos; a Inglaterra tres o

cuatro veces, una vez a España, una vez a Noruega, tres veces a Rusia, una vez a Austria.

¿Cómo fue la primera vez en Alemania?
Fue en el cincuenta y uno, me parece.

¿Pero te causó un efecto especial?
Sí, sí, claro que me causó un efecto particular. Todavía había montones de escombros y además yo fui a regañadientes, me parecía un error y algo indebido tratar de negocios con los alemanes.

Quedémonos un momento más en la fábrica. ¿Personas a las que recuerdes?
Tenía una amistad declarada con el «contramaestre», con el jefe de fábrica, que era un chico de Verolengo. Una persona excelente: valiente, inteligente, servicial, capaz de tratar con los obreros, que hablaba dialecto y que murió trágicamente, cayendo de un andamio, no en la fábrica.

¿Fue él quien te inspiró el personaje de Faussone?
No.

¿Y quién te inspiró ese personaje?
Nació de varios montadores con quienes tuve contactos y sobre todo de los montadores de una fábrica, hermana de la nuestra, que pertenecía al mismo propietario, que todavía existe —se llama SICME y está en via Cigna en Turín— y que monta instalaciones para esmaltar el alambre de cobre y que tenía montadores con los que yo hablaba y la idea de Faussone nació de ahí.

¿Como director tenías relaciones con los obreros o había filtros?
Con algunos tenía una relación directa, eran de los míos, con los demás a través de este «contramaestre».

¿Tenías, como se dice en la vida militar, aptitud para el mando?
Siempre tuve poca, delegaba el mando en ese capataz.

¿Te acuerdas de algún hecho traumático? Me refiero a vicisitudes humanas que te hayan creado dificultades.
Me resulta un poco difícil recordarlas. Obreros con problemas familiares graves, uno que robaba...

¿En la fábrica?
Sí.

¿Tuviste dificultades para actuar en ese caso?
Sí, tuve que despedirlo. Si me encontraba a alguien fumando, lo dejaba correr muchas veces. Estaba prohibido fumar, a veces hacía la vista gorda.

¿Cuántos eran los obreros?
Llegamos a un máximo de setenta, pero al principio, todavía en corso Regina, eran siete.

¿Sigue siendo una fábrica próspera?
La fábrica ha quedado reducida ahora a la mitad, pero lo que queda es bastante próspero y todavía hay instalaciones hechas por mí.

Cuando tenías problemas en la fábrica ¿tenías tendencia a llevártelos también a casa?
Sí.

Eras incapaz de cortar...
No. Además me telefoneaban, qué sé yo, algunas veces incluso de noche. Tuve que ir allí más de una vez, dos o tres veces, por la noche, para ver, para resolver algo. Recuerdo cuando nació mi hijo en el cincuenta y siete. Mi hijo nació a las cuatro de la mañana, pero a las siete yo ya estaba en

Settimo porque había granizado, y teníamos no sé qué lío montado. Me comporte de forma diligente.

No me cabe duda. Pero tentaciones de cambiar, de hacer otra cosa, en todos los años de la fábrica, ¿nunca tuviste alguna vez? ¿De instalarte por tu cuenta, por ejemplo?
De instalarme por mi cuenta, no, después de las experiencias que había tenido. Eso no, sin duda. No tengo madera de empresario. Suspiraba por que llegara la jubilación, ya estaba un poco harto, sobre todo de esas llamadas nocturnas. ¿Ya te he contado lo del incidente?

¿Lo del fuego que creíais sofocar arrojándole material inflamable? Pero además estaba esa vida que llevabas partiéndote en dos.
Cómo conseguía encontrar la energía para hacer todas estas cosas me lo sigo preguntando, es un misterio.

Me lo pregunto yo también.
Y, sin embargo, *La tregua* la escribí por entero entre el sesenta y uno y el sesenta y dos.

¿Escribías también en la fábrica, en tus ratos libres?
Escribía siempre en casa, escribía después de cenar, encontraba las ganas y las fuerzas.

Notablemente sorprendente, en efecto.
Escribí *El sistema periódico* cuando supe que me jubilaba. Antes no me sentía capaz, no podía hablar de la fábrica, sentía una fuerte inhibición.

NOTAS

[1]. *Il cuore e il sangue della terra*, editado por Virginia Galante Garrone, D'Anna, Messina, 1976.

[2]. «Su alcune giunte e varianti di *Se questo è un uomo*», en *Studi Piemontesi*, VI, n.º 2, 1977.

[3]. F. Camon, *Autoritratto di Primo Levi*, Nord-Est, Padua, 1987.

[4]. Levi se refiere a «Argón», que abre *El sistema periódico* (Einaudi, Turín, 1975), «un libro sobre la química y sobre los químicos». «Argón» es, precisamente, la historia de los antepasados verdaderos e inventados (es decir, no extraídos de los recuerdos familiares en sentido estricto, sino sacados de testimonios y relatos más vastos). Un relato algo alocado y fabuloso, del que nos ha dado una lectura esclarecedora Alberto Cavaglion —sobre la base de una copia mecanografiada que le regaló Levi— en el ensayo «Argon e la cultura ebraica piemontese», en AA.VV., *Primo Levi. Il presente del passato*, editado por A. Cavaglion, Franco Angeli, Milán, 1991.

[5]. Zino Zini (1868-1937), filósofo moral de signo positivista, adherido al socialismo (en su condición de socialista fue concejal en el Ayuntamiento de Turín entre 1906 y 1919). Entre los temas por los que se interesó están el darwinismo, el marxismo, la antropología criminal (pero también la poesía: *Poesia e verità* es uno de sus textos de 1926) y fue profesor asociado de filosofía moral en la Universidad de Turín. Fue colaborador de periódicos como *La Gazzetta del Popolo*, *La Stampa, Avanti!*, y del de Gramsci *L'Ordine Nuovo*. Enseñó historia y filosofía en el Liceo D'Azeglio hasta el curso escolar 1934-1935. Maria Luisa (Marisa) Zini, de la que se habla aquí, fue a su vez profesora de letras en el Liceo D'Azeglio, en los ciclos inferiores, desde el 31 de octubre de 1930.

[6]. Anna Borgogno, que tenía treinta y dos años por entonces, era profesora de Italiano en segundo y tercero del gimnasio. Su personalidad, aunque adaptada a una forma narrativa, está recogida en la novela que publicó en 1981 en Edizioni Pan, *La città perduta*, donde —después de haberse trasladado a Roma como bibliotecaria— traza las distintas etapas de una vida vivida con orgullo y rigor, con un profundo sentido de la independencia y de anticonformismo intelectual.

[7]. Umberto Cosmo (1868-1944), crítico literario, dio clases en Turín de Italiano y de Latín en el Liceo Classico Gioberti y en el D'Azeglio, donde tuvo como alumnos a Piero Gobetti y a Norberto Bobbio. Profesor asociado de Literatura Italiana, también en la Universidad de Turín, entre sus alumnos estuvo Antonio Gramsci, con quien inició una amistad no exenta de enfrentamientos, duros incluso (resueltos al final con humanidad en un abrazo memorable, según cuenta Gramsci). Socialista al principio y liberal progresista más tarde, fue siempre antifascista, sufriendo la persecución del régimen, que lo apartó de la enseñanza en 1926 y lo condenó al confinamiento en 1929. Gran estudioso de Dante, entre sus obras merecen recordarse al menos *Vita di Dante* (1930) y *L'ultima ascesa. Introduzione alla lettura del Paradiso* (1936).

[8]. Para Zino Zini, véase p. 39, nota 2. Franco Antonicelli (1902-1974) fue un refinado ensayista, escritor, poeta. Antifascista, fue condenado en 1935 al confinamiento y, tras ser liberado, fundó en 1936 la editorial Da Silva, que publicó en 1947 la primera edición de *Si esto es un hombre*. Augusto Monti (1881-1966) era, casi por antonomasia, el «maestro» del D'Azeglio, y ha contado sus experiencias allí en el capítulo «Escuela de la Resistencia, 1923-1932» incluido en sus memorias de vida escolar, *I miei conti con la scuola* (Einaudi, Turín, 1965), reeditadas en el libro *Il mestiere di insegnare* (Araba Fenice, Cuneo, 1994). Sobre Augusto Monti, intelectual, profesor y escritor, permítaseme remitir a G. Tesio, *Augusto Monti. Attualità di un uomo all'antica* (L' Arciere, Cuneo, 1980).

[9]. La palabra «apelo» traduce literalmente el término inglés *appeal*, en el sentido de «atractivo», «fascinación».

[10]. Azelia Arici (1895-1978), profesora de Italiano de Primo Levi en los tres años del liceo (desde el curso escolar 1934-1935 al de 1936-1937), ganó el concurso a cátedras de Italiano y Latín en 1925. Dio clases en Bérgamo, en Casale Monferrato, en Carmagnola y, por último, en el D'Azeglio de Turín, en la cátedra que perteneció a Augusto Monti. Estudiosa de Catulo, Dante, Alfieri, Collodi, Dino Buzzati, tradujo las obras completas de Tácito para la editorial UTET, publicadas entre 1952 y 1959.

[11]. Un buen perfil de Lorenzo Coccolo, profesor de Latín y Griego en el D'Azeglio a partir del curso escolar 1927-1928, puede verse en Luigi Firpo, «Testimonianza per due maestri», en el volumen *Gente di Piemonte*: «Las humanidades —Italiano y Latín, Historia y Filosofía— aún se entendían como doctrinas viriles y el único profesor, entre los que yo tenía, que llevaba sotana, se atenía a ello no ya en homenaje al sexo, sino al derecho canónico, porque era un pequeño, apacible, rubicundo sacerdote pueblerino de nariz púrpura, que se sonaba a menudo con un pañuelo a cuadros rojos y blancos: don Lorenzo Còccolo, que debía de saber más que decentemente latín y griego, pero que era del todo incapaz de enseñárnoslo a nosotros, haraganes que nos aprovechábamos inmoderadamente de su inerme candor» (Mursia, Milán, 1983, pp. 289-292).

[12]. Pietro Eusebietti, estudioso y traductor de Aristóteles, fue profesor de Filosofía de Levi en el primer curso de liceo; Samuel Gerbaz en segundo y tercero.

[13]. Primo Levi recuerda a Emanuele Artom en un artículo publicado en *La Stampa* de Turín el 11 de abril de 1984, cuando a Artom le fue dedicado un parque de Mirafiori. Su admiración es rotunda y clara: «El 8 de septiembre de 1943, los nazis invadieron el norte de Italia, y Emanuele no vacila: sin la menor experiencia militar, ajeno hasta entonces a la violencia, sube a las montañas y se hace partisano. Soporta con alegre orgullo incomodidades y peligros, se vuelve audaz y decidido: en enero de 1944 es ya comisario político del Partido de Acción en Val Pellice. Sorprendido en una operación de rastreo, es capturado, atrozmente torturado durante días, ridiculizado, pero encuentra la fuerza para permanecer en silencio: no da nombres. Muere el 7 de abril, desgarrado por los tormentos...» (artículo recogido en P. Levi, *Opere*, 2 vols., edición de Marco Belpoliti, vol. II, Einaudi, Turín, 1997). El diario de Emanuele Artom, *Tre vite. Dall'ultimo '800 alla meta del '900* (Israel, Florencia, 1954), ha sido reeditado por Guri Schwarz bajo el título *Diari di un partigiano ebreo* (Bollati Boringhieri, Turín, 2008). Sobre la familia Artom, el padre Emilio, el hijo mayor Emanuele y el menor Ennio, véase también Augusto Monti, *Torino falsa magra e altre pagine torinesi*, editado por G. Tesio, L'Ambaradan, Turín, 2006, pp. 168-172.

[14]. Levi alude a «Un largo duelo», incluido en el libro *L'altrui mestiere* (Einaudi, Turín, 1985, pp. 219-225; [ed. española: *El oficio ajeno*, trad. de Antoni Vilalta, El Aleph, Barcelona, 2011]), en el que se da cuenta de su amistad contradictoria y competitiva con un chico que en la historia se llama Guido, y que puede corresponderse con el nombre real de Mario Losano. A él se alude en la valiosa contribución de
Giorgio Brandone, «Primo Levi e il D'Azeglio» (en *I luoghi di Levi tra letteraturae memoria*, actas del congreso del 24-25 de mayo de 2007, edición de Giorgio Brandone y Tiziana Cerrato, Liceo D'Azeglio, Turín, 2008, p. 174, nota 24).

[15]. Como escribe Carole Angier en *The Double Bond. Primo Levi: A Biography* (Farrar Straus & Giroux, Nueva York, 2002; citada por su traducción italiana: *Il doppio legame. Vita di Primo Levi*, Mondadori, Milán, 2004), recordando a «su primera biógrafa», es decir, a Myriam Anissimov, *Primo Levi ou la tragédie d'un optimiste*, 1996 [ed. española: *Primo Levi, o la tragedia de un optimista*, trad. de Teresa Garín Sanz de Bremond, Universidad Complutense, Madrid, 2001], «no es posible exagerar la importancia del matrimonio para Primo Levi. Significaba [...] todo lo que deseaba ardientemente desde los tiempos del campo de concentración: "afirmación del derecho, que le fue ferozmente negado, a ser hombre"».

[16]. Sandro Delmastro entró en las filas del movimiento *Giustizia e Libertà*, del que llegó a ser comandante de todas las acciones de la Resistencia en la ciudad. Enviado a Val Roja después de librarse de una primera detención, fue detenido de nuevo al tratar de llegar a su destino. Trasladado al cuartel general de Cuneo, murió en el curso de un desesperado intento de fuga. El cuento «Hierro», incluido en *El sistema periódico*, presenta su transfiguración literaria.

[17]. En el cuento «Zinc» (el tercero de *El sistema periódico*) esta compañera se llama Rita, y Levi nos la presenta así: «En un rincón había una chimenea, y delante de ella estaba sentada Rita. Me acerqué, y me di cuenta con fugaz placer de que estaba cocinando el mismo guiso que yo. Y digo con placer porque ya hacía tiempo que andaba detrás de Rita, preparaba para mis adentros brillantes discursos para abordarla, y luego cuando llegaba el momento, no me atrevía a decir nada y lo dejaba para el día siguiente». (*El sistema periódico*, Península, Barcelona, 2014, p. 42; traducción de Carmen Martín Gaite). Ha sido Carole Angier quien ha identificado en su biografía de Levi a la persona de Clara Moschino bajo el nombre y el personaje de Rita (cfr. la traducción italiana citada, *Il doppio legame*, pp. 135-137).

[18]. La chica del cuento «Fósforo» corresponde, en su transposición literaria, a la persona de Gabriella Garda, una vez más identificada por Carole Angier en las págs. 212-216 de su biografía ya citada, *Il doppio legame*.

[19]. Ya conocida de la época milanesa de Wander (la industria farmacéutica a la que Levi había pasado, mudándose a Milán, después del empleo semiclandestino en las canteras de amianto de Balangero), Vanda Maestro era uno de los «siete amigos de Turín, entre chicos y chicas», de los que Levi habla en las transfiguraciones de «Oro» (*El sistema periódico*): «Vanda era licenciada en Química como yo, pero no encontraba trabajo, y eso la tenía en un perpetuo estado de irritación, porque era feminista» [trad. española citada, p. 137]. Reencontrada en el Valle de Aosta durante el período de la incauta participación en el movimiento partisano, y más tarde en Fossoli, Vanda murió en un campo de concentración y fue para Levi —que había entretejido con ella una relación amorosa — una espina constante, como confiesa en las primeras páginas de *Si esto es un hombre*, en otras de *La tregua*, y también aquí, en esta entrevista, en una confesión mucho más desgarradora.

[20]. El poema, incluido en *Ad ora incerta*, se titula: «11 de febrero de 1946» (en Levi, *Opere*, vol. II cit. [y en castellano, *A una hora incierta*, traducción de Jeannette L. Clariond, La Poesía, Señor Hidalgo, Barcelona, 2005]).

[21]. *La inversión de Walden* fue el título de la tesis. Giacomo Ponzio (1870-1945) fue desde 1915 hasta 1941 catedrático de Química General e Inorgánica en la Universidad de Turín, de cuyo Instituto de Química General fue también director.

[22]. Guido da Verona, seudónimo de Guido Verona (1881-1939), y Pitigrilli, seudónimo de Dino Segre (1893-1975), fueron dos autores muy populares que, oscilando entre el erotismo y el humorismo, gozaron de un gran éxito de público en el período comprendido entre las dos guerras mundiales.

[23]. Alberto Salmoni es el nombre real del personaje que en el relato «Estaño» (*El sistema periódico*) se llama Emilio. Sobre él pueden consultarse las páginas, rayanas en el enamoramiento, de Carole Angier en la biografía citada *Il doppio legame*.

[24]. En la localidad de Balangero, muy próxima a Turín, se hallaban las mayores canteras de amianto de Europa, activas hasta 1990. *(N. del t.)*

[25]. En el relato «Níquel» (*El sistema periódico*) es el trasunto del personaje del Teniente. Su muerte tuvo lugar en 1982, es decir, cinco años antes de nuestra conversación.

[26]. Son los siete amigos turineses de los que habla Levi en el relato «Oro» (*El sistema periódico*) y cuya compleja relación reconstruyen las tres biografías (la de Ian Thomson, la de Myriam Anissimov y la de Carole Angier), que hasta ahora se han dedicado a Primo Levi.

[27]. El 25 de julio de 1943 Mussolini fue depuesto y arrestado y sustituido como jefe del Gobierno por Pietro Badoglio, hechos que determinan la caída del fascismo y la posterior ocupación alemana de Italia. *(N. del t.)*

[28]. Palabra alemana que significa centro de salud, estación termal.

[29]. Rosanna Benzi (1948-1991) contrajo, antes de cumplir los catorce años, la polio bulboespinal, viéndose obligada a causa de esa enfermedad a vivir toda su vida en un pulmón de acero. No obstante, no dejó de trabajar sin descanso en beneficio de las personas con discapacidad, abordando incluso cuestiones espinosas, como su sexualidad, a través de la revista *Gli Altri*, fundada por ella, y mediante sus libros, algunos de ellos de gran resonancia, como *Il vizio di vivere* (1984) y *Girotondo in una stanza* (1987). Primo Levi le escribió y habló de ella en *La Stampa*.

[30]. En *Ad ora incerta*: «No hay en la ciudad calle más maltrecha. / Es niebla y noche; sombras en las aceras / Que la claridad de las farolas atraviesa / Como si estuvieran embebidas de nada, grumos / De nada, son también nuestros semejantes. / Tal vez no exista ya el sol. / Tal vez reine siempre la oscuridad y, sin embargo, / En otras noches reían las Pléyades. / Tal vez sea esta eternidad la que nos aguarda: / No el regazo del Padre, sino embrague / freno, embrague, meter la primera. / Tal vez la eternidad no sea más que semáforos. / Tal vez fuera mejor gastar la vida / En una sola noche, como el zángano». Al pie: «2 de febrero de 1973» (*Opere*, vol. II, cit.).

Yo, quien os habla
Primo Levi

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Io che vi parlo*

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Luis Pérez Ortiz

© 2016 Giulio Einaudi editore s.p.a, Torino

© de la traducción del italiano: Carlos Gumpert Melgosa, 2019

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2019
Ediciones Península
Diagonal, 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-9942-798-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.
www.eltallerdelllibre.com

PENÍNSULA IMPRESCINDIBLES

BIBLIOTECA PRIMO LEVI

Primo Levi

Yo, quien os habla